





Serendipia



SERENDIPIA

Caro Malet

METRÓPOLIS
LIBROS

Malet, Carolina

Serendipia / Carolina Malet. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Metrópolis Libros, 2019.

146 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-4188-43-4

1. Diario de Viajes. I. Título.

CDD 910.4

© Carolina Malet, 2019

Primera edición: octubre de 2019

En el capítulo “El cielo es un barrio” se cita la canción “The sky is a neighborhood”, de Dave Grohl, Taylor Hawkins, Nate Mendel, Pat Smear y Chris Shiflett, en el disco *Concrete and Gold*, de Foo Fighters, Roswell / RCA, 2017.

Edición:
Sol Echegoyen

Impreso en Argentina /
Printed in Argentina

Diseño y diagramación:
Lara Melamet

Hecho el depósito que establece
la Ley 11.723.

Diseño de tapa:
Johanna Stephanie Rubio

Queda prohibida la reproducción
total o parcial de esta obra
sin la autorización por escrito de
los titulares del *copyright*.

Ilustraciones:
Carolina Gisela Almada

Corrección:
Martín Vittón

METRÓPOLIS
LIBROS

METRÓPOLIS LIBROS ES UN SELLO EDITORIAL DE PAM! PUBLICACIONES

metropolis@pampublicaciones.com.ar | www.pampublicaciones.com.ar

*Dedicado a mi abuela, aunque probablemente
se olvide en pocos minutos, y a los que quieren dar
el salto pero todavía no se animan.*



Prólogo

Cuando este libro ni estaba cocinado, yo ya lo tenía muy en claro: quería escribir un libro dinámico, y con esto me refería a que no lo pudiera categorizar de una sola manera, porque al fin y al cabo es un libro que se fue gestando durante mis viajes, y cuando viajo mi mundo se revoluciona y hay una dualidad que no se puede esconder. Muchas veces yo hago al viaje, y otras tantas el viaje me hace a mí. Convivimos. Mis sentimientos dialogan con los paisajes, las canciones suenan diferentes en cada lugar, mi cuerpo se deja llevar o se resiste, según el día, según las horas, según las ganas. Me dejo atravesar por personas y momentos, me acepto frustrada y también ansiosa; en un hotel de varias estrellas o en la casa de un desconocido que me tiró un colchón en el living. Siempre estamos los dos. El viaje y yo, yo y el viaje. Y una lapicera inquieta por contar lo que acontece a mi alrededor y en mi alma. Así que me siento obligada a dar ciertas instrucciones y advertencias.

“Serendipia es una palabra «mágica» que nos abre la puerta al mundo de las experiencias inesperadas y a su vez, deseadas”, explica Google. La conocí hace poco y automáticamente la asocié con mi vida durante estos últimos cinco años. Hallazgos afortunados constantes, valiosos e imprevistos. Muchas veces de manera accidental, casual o por destino, incluso buscando cosas distintas. Pero un descubrimiento persistente para un interior curioso. Así que despójense de tocs y abróchense los cinturones. Déjense envolver por el desorden de mi mapa y mis cuadernos verborrágicos. Estas hojas son mis notas en los

márgenes y las frases subrayadas, mi corazón desnudo y mi espíritu encantado. A través de mis ojos y de mi piel los invito a formar parte de una travesía sin hilos narrativos y con párrafos en montañas rusas. Se encontrarán con habitantes del mundo que me crucé en este camino y que por alguna razón dejaron huella, preguntas, recuerdos. También con cuentos y relatos, porque con solo prestar un poco de atención entendí que nuestra vida tiene mucha más ficción de lo que pensaba y la ficción tanta realidad que se desbordaba pidiendo manifestarse sobre el papel. Verán fotos o postales a través de oraciones, porque no todo tiene que tener un inicio, un desarrollo y un final; hay momentos que no necesitan remate y merecen ser contados de igual manera. Y además encontrarán lo que en mi vida cotidiana llamo “sarasa”, todo aquello que no supe clasificar y que escapaba de mi lapicera sin pedir permiso. Los invito a sumergirse en lo que surgió el día que me di cuenta de que mejor que soñar era vivir.

Renuncio y me voy

El 30 de diciembre hacía un calor sofocante y pegajoso en Villa Devoto. El cemento humeaba ardiendo y la gente iba de un lado a otro comprando lo necesario para el año nuevo que asomaba. Después de tomar litros de tereré, mirar muchos capítulos de *Friends* y enredarnos las piernas en el colchón gastado de mi casa, caminamos en silencio a la estación de tren. Agus tenía la barba un poco crecida y me gustaba sentir cosquillas cada vez que le besaba la comisura de los labios; yo tenía el pelo tirado para atrás porque sabía que le encantaba verme la cara despejada. No había contemplado este momento aquel día frío de junio.

“Renuncio y me voy a viajar”, pensé mientras achicaba por vez número 700 en el día el tamaño de una imagen de un edificio en Photoshop. En aquel entonces laburaba creando contenido web para un sitio de arquitectura y mis días pasaban peleando con mi jefe, escuchando Caetano Veloso con una compañera de trabajo y pidiéndole vidas de Candy Crush a otra. Pero hubo un día que, aprovechando que mi jefe había salido a una reunión y yo me había quedado sola en la oficina, agarré el teléfono y llamé a mi amigo Martín, que tiene una agencia de viajes. “Buscame la mejor oferta, quiero un ticket de salida de Argentina, ahora te paso los detalles al mail”, le dije excitadísima.

Quería recorrer Sudamérica con mi mochila en la espalda y ya no había nada que me frenase. No sé si habrá sido en el último recital de La Renga cuando escuché atentamente, como nunca antes, la letra de “Oportunidad oportuna” o alguno de los miles de blogs de

viajeros que leía a diario, pero algo me había hecho clic. Martín no tardó nada y me llamó cuando yo estaba en el colectivo camino a mi casa. Los números cerraban y solo faltaba mi confirmación, pero en ese momento yo estaba de novia con L, entonces le pedí que me diera unas horas. Mirando por la ventana del 117 la avenida General Paz colapsada, analizaba mi presente y me daba motivos. Mi pareja y yo no compartíamos planes a futuro en absoluto, él ya había resuelto un viaje por su cuenta para el verano siguiente y mis ganas de despegar eran mucho más intensas que aquel estado chato de comodidad. Todavía seguía en la General Paz cuando le mandé un mensaje a mi amigo: “confírmalo”. Abriendo esta nueva puerta, supe que también cerraba otra detrás.

Los días siguientes fueron un remolino de ansiedad y pestañas abiertas en internet buscando itinerarios y precios. Mis amigos compartirían un mes conmigo en Colombia pero después yo seguiría sola, repleta de mapas, miedos y consejos brindados por viajeros en redes sociales y videos de YouTube. Tenía un pasaje de vuelta que había decidido no usar. Viajaría por Latinoamérica sin prisa, lo que durase la plata, poniéndome a prueba, preguntando, compartiendo mates, comprando alguna que otra artesanía en el camino para el que estuviese en la misma que yo juntando unos mangos, lucharía con las cucarachas a las que tanto pánico les tengo, y aprendería a sacarme *selfies* con el teléfono celular para no pedirle a cada persona que me sacara una foto. Pero resulta que en toda esa previa los meses fueron pasando y encontré a un pibe que soñaba como yo. El mismo que ahora tenía frente a mí esquivando palabras que desembocasen en lamentos.

Agus pasó de ser un buen conocido de la cancha a un intento de amigo hasta revolucionarme el corazón. Nos quedábamos despiertos noches enteras hablando y tomando cerveza hasta que la claridad por la ventana nos avisaba que había que irse a trabajar. Nos pasábamos muchas horas hundidos en el sillón de mi casa mirando fotos de los

destinos a los que pensaba ir y de todas las actividades que planeaba hacer. Él me alentaba y se mordía los labios fascinado. “Ojalá algún día pueda hacerlo también”, “Uh, sí, me encantaría”, “Compraría una van y recorrería todo el continente”, me decía una y otra vez hasta que en un momento, harta de evadir la pregunta, indagué: “Y si tanto querés, ¿qué es lo que te detiene?”. Que el trabajo, que el fútbol, que esto, que aquello. Me enumeró una lista de excusas que no consideraba lo suficientemente válidas, así que lo interrumpí. “Bueno, si te pinta... yo voy a andar deambulando por ahí”, le advertí insinuando mi propuesta, pero él solamente se limitó a asentir y se quedó en silencio.

Como lo había previsto, y sin ejercer demasiada resistencia, al cabo de un tiempo me enamoré. Me enamoré con tantas ganas que no podía concebir que dos realidades que emanaban tanto amor y alegría fueran por caminos separados. Y peor aún me ponía saber que él era el encargado de autoboicotearse destinos y paisajes. Mientras tanto yo no quería elegir, no quería dormir sin él pero tampoco quería enterrar mi sueño; no quería resignar nada, y dejar el destino en manos del tiempo me resultaba bastante peligroso.

La bocina del tren me trajo de nuevo al andén de las vías del San Martín. Los dos seguíamos con la mirada perdida sin querer soltarnos y mientras apretaba los labios sentía que se me cerraba la garganta y se me empezaba a ir la voz. Él me miró, me acarició y no dijo nada. “Los sueños son intransferibles y las ganas de cumplirlos también”, le susurré al oído con el alma tan enamorada como rota. Pero yo estaba decidida y ese día —con los ojos inundados— agarré mi mochila y me fui muy lejos.

Mi primer destino fue Colombia. Recibimos el año 2014 junto a mis amigos en un pueblito costero llamado Taganga con más noche que playa memorable y enseguida nos fuimos a pasar varios días al Parque Nacional Tayrona, rodeados de vegetación y rincones de ensueño. Allí, además de comer comida enlatada que cargamos en

nuestras mochilas, estábamos totalmente aislados de los celulares, ya que era imposible conseguir señal. Éramos nosotros, la naturaleza y nuestros pensamientos revoloteando. Mi viaje recién empezaba y mi pecho era una licuadora de sentimientos que deseaba que dejaran de sacudirse en algún momento.

Después de cuatro días de playas y caminatas, una lluvia tropical dio fin a nuestra estadía y regresamos al hostel donde habíamos dejado nuestras mochilas. Subí a mi habitación, busqué el cargador del teléfono y, en cuanto revivió, conectó automáticamente con el wifi del lugar. De golpe se descargaron cientos de mensajes, notificaciones y mails. Entre publicidades y spam vi que uno de ellos decía “Agustín”. Lo abrí de inmediato. “Carola, dejé todo y compré pasaje, nos vemos en tres semanas en la frontera de Colombia y Ecuador. Esto que sentimos tampoco es transferible”.

Del verbo haber

Había una vez un sueño que con mucho esfuerzo y valentía pudo empezarse.

Había una vez un alguien que apareció a cambiarle la vida a otro alguien.

Había una vez un plan que suplicaba ser compartido.

Hay una dicotomía entre el deber y el querer.

Hay un egoísmo jamás malintencionado.

Hay decisiones tomadas que hay que aceptar.

Habrá un aprendizaje de todo.

Habrá juicios de valor y opiniones de terceros.

Pero habrá una certeza que solo esos “alguien” podrán comprender, y a veces con eso alcanza.

A todos los santos

Cristina se levanta en puntas de pie por costumbre y se prepara un café. Dos de azúcar, una vuelta con la cuchara y una respiración profunda para sentir el aroma. Selecciona un disco, lo pone en su equipo de música destartalado y comienza a sonar muy bajito “La cumparsita” por Gardel. Es otra noche en vigilia porque hace meses que el sueño se esfumó para siempre. Se cansó de prender velitas y de hacer pactos con cada santo al que le rezaba. Colecciona insomnios y estampitas. No le quedan uñas por morder ni lágrimas por llorar. Le dan igual un 5 de septiembre que un 18 de marzo. A través de la pequeña ventana de su cocina observa la ciudad. Desde el barrio San Javier, miles de lucecitas serpentean entre montañas y le regalan una vista privilegiada de Medellín. La postal que emerge ante sus ojos le roba una mueca de nostalgia, pero el ruido de un disparo en la lejanía la desvanece al instante.

Hace años que se sabe en una guerra de narcotráfico entre jóvenes perdidos. Eric es uno de ellos; el más peligroso, según le contaron. Cuando lo encuentra en su habitación durmiendo se le sienta al lado y lo observa. Intentando no despertarlo le besa la frente, hace la señal de la cruz y sin que se dé cuenta lo salpica con un poco de agua bendita. Cuando vuelve a la cocina se prepara un café, cambia de disco y le agradece a un nuevo santo, al que acaba de inventarle un nombre, por tener a su hijo en casa.

Un chamaco curioso

Trinidad, Cuba. Son las nueve de la mañana y la temperatura ya debe superar los treinta grados. Estoy sentada en un banquito verde de madera esperando que abra la boletería para sacar un pasaje hacia Santa Clara. A mi alrededor algunos árboles ni llegan a dar sombra y las calles de tierra se muestran casi desiertas, salvo por algún que otro vecino que pasa en bicicleta silbando una canción. Muero de ganas de conocer una de las ciudades cubanas más importantes. Allí, además del mausoleo del Che Guevara, está el monumento al tren blindado que descarrilaron los guerrilleros en 1958 y puso fin a la dictadura de Batista, todo un símbolo revolucionario. Al parecer están atrasados en la apertura de las ventanillas pero nadie se mueve con prisa, y aunque a mi ansiedad les moleste un poco, no niego que me gustaría acostumbrarme a este ritmo cubano. Mientras tanto, me abanico con un mapa y me espanto las moscas insoportables. De repente un señor con sombrero de paja, enterito de jean y un rostro estallado en arrugas se sienta a mi lado. A primera impresión me parece digno de una fotografía. Me da ternura su atuendo porque le sobra tela por todos lados de lo flaquito que es y siento que su apariencia fue calcada de alguna de las tantas películas cubanas que vi antes de venir. Aun moviéndose muy lento lo noto ansioso, con ganas de entablar una charla; como me viene pasando a lo largo de todo Cuba, la gran mayoría siente curiosidad por uno y te interrogan hasta quedarse vacíos de preguntas. Lo miro y me sonrío con los pocos dientes que le quedan. Le devuelvo la sonrisa. Automáticamente con una voz rasposa me

pregunta de dónde soy. “Argentina”, respondo y sonrío otra vez. Los ojos achinados por el sol encienden un brillo contagioso y exclama: “La tierra del Comandante. Yo lo conocí, ¿sabes?”. Ahora a la que le brillan los ojos es a mí. Una historia contada de primera mano siempre duplica su valor, y si es protagonizada por un personaje histórico, me animo a decir que hasta lo triplica. Con atención sigo su relato.

“Yo era muy chico... tendría unos diez años cuando el Che operaba en la zona de Escambray. Mis padres trabajaban en el campo, no teníamos ni caña, así que siempre los ayudábamos. Pero mis hermanos, que eran más grandes que yo, siempre encontraban un momento para que escapásemos y jugáramos en las sierras. Nosotros sabíamos de la revolución, un primo nuestro se había ido con uno de los frentes, y nosotros, como chamacos curiosos que éramos, nos fuimos a espiar a un campamento.” Pone las manos en sus rodillas, mira al frente como recordando y con picardía sonrío. “Un día los viejos le pidieron a Jorge Luis y a Manuel que se quedasen a mover unas maderas pesadas y yo me escapé solo a hacer lo de siempre, ya sabes, espiar. Pero ese día... mientras observaba todo detrás de un tronco me tocaron el hombro desde atrás. Era el mismísimo Che Guevara”, asevera y pausa cada sílaba mientras junta las palmas de sus manos agitándolas de arriba hacia abajo. “Pedí perdón por mi atrevimiento y miré al piso muerto de vergüenza. Ernesto me revolvió los pelos y se rio. Lo único que me dijo fue que no era mi hora, que me ocupase de estudiar y estar con mi familia. Sin una palabra más se perdió entre los árboles. Fue uno de los mejores días de mi vida.” Sus ojos me lo confirman. En cuestión de segundos almacenan un sinfín de lágrimas que contagian melancolía. Lejos de convicciones políticas, atesoro esa mirada de amor y esa boca temblorosa que mastica memorias. Me pregunto cuántas veces habrá contado este relato y si con el paso del tiempo se habrán perdido detalles o se habrán magnificado sentimientos. Baja su cabeza y suspira nostálgico: “Le hice caso y al final tenía razón. Nunca nos sobró, eh,

pero tampoco nos faltó nada, y no es poca cosa, señorita, ¿no cierto?”. Levanto las cejas sin saber qué responder e intento descifrar la importancia de aquel encuentro. Me queda resonando en mi cabeza algo que identifico como conformismo y que me apena, pero que a la vez deja al descubierto una simpleza que me fascina. Mientras mi mente se disputa puntos de vista, él sigue: “Lo recuerdo todos los días y me inspira en días malos. Lo queríamos mucho a Ernesto. Otro día tam...”. Una morena interrumpe y lo toma de los hombros: “¿Otra vez con los cuentos de Ernesto, papá? ¡Ten un poquitico de respeto que no todo el mundo tiene tiempo para escuchar tu muela!”, lo reta y a sus espaldas me mira gesticulando, haciéndome saber que es un charlatán. Yo me río y frunzo mi nariz, y mientras él se acomoda en la silla de ruedas que le trajo su hija, se me acerca sigilosamente: “No son cuentos. A buen entendedor, pocas palabras bastan, dicen, aunque tal vez me excedí un poco”, me guiña el ojo y le estrecho la mano mientras le digo mi nombre. “Ha sido un placer, soy Antonio”, me dice y comienza a mover su silla toscamente para que su hija lo vea. “Ah, y no se olvide. Cuando está para ti, ni aunque te quites, y cuando no está, ni aunque te pongas”, enfatiza alegremente y lo veo alejarse sobre dos ruedas en dirección a las mismas sierras que lo hicieron vivir.

Primer baile

Baños, Ecuador. Pedaleamos horas entre montañas de verde espesor, autos apurados y las siete cascadas por descubrir en el camino como excusa predilecta. “No puedo más”, juré al llegar a la sexta. Agus me alentaba. La última era un hilito de agua sin gracia que ni siquiera valió la pena y el fastidio se apoderó de mí. Todavía faltaba la vuelta sin escalas hasta el pueblo y mis piernas apenas respondían. Mi presión sanguínea por el subsuelo exigía como mínimo un aventón de azúcar y mi cara, un milagro de alegría. Mientras tanto, el cielo cambiaba el tono azulado por un denso gris, daba aviso por altoparlante que avecinaba un buen chaparrón y sin más comenzó a baldearnos.

Le metimos ritmo para que no nos agarrase la noche. Las ruedas giraban atravesando charcos que nos salpicaban con barro en la espalda. “¿Dónde vamos a mandar a lavar la ropa si mañana es feriado de carnaval acá?”, le grité a Agus en vano, interrumpida por el rugido de un trueno. Mientras inventaba problemas y le metía drama al paseo, comencé a identificar músculos en mis piernas que no sabía que tenía pero que ahora ardían y pesaban. Para colmo, divisamos un túnel oscurísimo. Encendimos nuestros teléfonos como luces de emergencia y suplicamos para que ningún camión cruzara al mismo tiempo que nosotros. Agus bromeó con lo de la luz al final del túnel, y yo solo me reí cuando efectivamente la vi.

Siguió una bajada. Un alivio. Dejé llevarme por la pendiente que me regalaba un vientito que me rociaba la cara. La campera rosa nueva comenzaba a desteñir sobre mi remera blanca y a nuestros

costados la lluvia empezaba a precipitarse entre las montañas fabricando sus propios ríos verticales. “Dale, Carola, dale”, me alentaba Agus. Un cartel verde nos indicaba que faltaban los últimos cinco kilómetros pero que la ruta era llana. Miré a mi alrededor y dejé de pedalear. Tiré mi bicicleta a un costado aprovechando la ruta solitaria y fui pseudorrengueando de lleno debajo de unos de esos chorros de agua dulce que se desprendían de unas enormes formaciones rocosas. Caía con fuerza; furiosa sobre mi cabeza empezó a esparcirse por mi cuerpo que resbalaba en sudor. Agus me miraba confundido y mientras me sostenía el aductor izquierdo con cara de dolor, le extendí la otra mano invitándolo a sumarse. Tiró la bicicleta al lado de la mía y juntos dejamos que el agua nos lavara el mal humor. Con movimientos muy torpes y accidentados bailamos un lento. Aliada y testigo, la lluvia musicalizó nuestro primer baile en tierras equinocciales.

Picadito

En una canchita de Iruya con límites dudosos doce pibes se juegan el premio mayor: una docena de empanadas de humita hechas por doña Carmen y dos botellas grandes de Coca-Cola. Es el partido más grande de la historia, según comentaban por todo el barrio los pibes que no pasaban el metro cincuenta de altura. Hicieron pan y queso y se dividieron en dos equipos. Los Piolas y los Mareados, nombres elegidos previamente y anotados en un papelito durante algún recreo escolar. Uno logró reunir seis remeras oscuras, el otro celebraba jugar con el torso desnudo en los treinta grados del norte argentino. Unos buzos, los postes de los arcos; el calzado predominante, alpargatas gastadas y algunas zapas agujereadas; el hijo del kiosquero, el árbitro más neutral que habían encontrado; el desnivel del terreno, la desventaja para Los Piolas; las piernas largas del delantero; el caballito de batalla; perder, la humillación en el colegio; 5-5 el marcador. “Mete gol gana”, se escucha, “Faltaaaa, penaaal”, enloquecen Los Mareados. Los Piolas se agarran la cabeza y esperan lo peor. Detrás del arco donde el petacón de Quiroga se balancea con las manos abiertas esperando el tiro, viene alguien a paso apurado. “¡¡Matías!! ¡¡Mirá la hora que es!! Entrá inmediatamente a la casa a terminar la tarea y ayudar a tu hermano con la comida. No lo repito dos veces. ¡Ya!” Matías era el único en el barrio que tenía pelota. Matías era uno de Los Piolas.

Volver al primer amor

San Miguel de Tucumán, Argentina. “El final es en donde partí”, dice mi banda favorita argentina, y hoy lo reconfirmo. Después de hacer 6.000 kilómetros bajando desde el norte colombiano me reencontro con el noroeste argentino y sus montañas de colores. Este fue el primer lugar que visité con mi mochila en la espalda en enero de 2010. En aquel entonces fue un manotazo de ahogado ante vacaciones frustradas con mi prima. Lo que no sabía era que sería el disparador para todos los viajes que vendrían después.

Aquella vez viajé junto con una amiga, su novio y un amigo de él. Fueron quince días de improvisada convivencia armando y desarmando la carpa en cada lugar que visitábamos. Muchas empanadas, fernet con Coca y vivencias que me transformaron la cabeza. Cada lugar y cada persona que conocía alimentaban mi mente, y el día que volví a Buenos Aires me sentí desahuciada. Trabajaba en un call center intentando venderles tarjetas de crédito a clientes malhumorados, y me colgaba con el teléfono en pausa durante varios minutos para trasladarme a los paisajes que me habían alojado.

Fueron varios los días que pasé así, hasta que tomé valor y dejé ese trabajo que tanto me fastidiaba. Había llegado el turno de irme hacia el sur a sumar otras tantas historias, esta vez con más seguridad, con más convicción que otra cosa.

Será por todo esto que volver al norte me hace sentir ese cosquilleo especial repleto de fantasía, inocencia y pureza. Con tanta fragilidad como vehemencia lo beso como a un primer amor. Fue acá donde

supe que quería vivir viajando, fue acá donde me imaginé por primera vez viviendo lejos de mi casa pero despertándome frente a una montaña sintiendo que eso me bastaría, fue acá donde supe interpretar silencios o prestar más atención a pequeñas cotidianidades que me rodeaban y ni me percataba; fue acá donde aprendí a jugármela por lo que realmente me hacía feliz, y esa lección es la que sirve de empuje aún hoy para cada día de mi vida.

De la tierra crece hierba buena

Entre todos los artículos que había leído antes de emprender mi viaje por Sudamérica, había encontrado relatos de varias personas que habían experimentado con la ayahuasca. Pero ¿qué era la ayahuasca, cuyo nombre tiene origen en el quechua? ¿Qué me produciría esta planta? ¿Qué podía ver, sentir? Me generaba algo de miedo pero lo quería saber.

Fue en Ecuador donde un muchacho que me alojaba en su casa me comentó que él vendía un tour para la selva amazónica que incluía la toma de este brebaje, o “algo similar”. Con total honestidad me sugirió que no comprara nada de eso, que había mucho “chanta” (¿como él?) para llamar la atención al turista, que si probaba la ayahuasca tenía que ser con un chamán real y en otras condiciones. Ante ese consejo le hice caso y un año después, durante unas vacaciones en Uruguay, decidí vivir la experiencia.

Unas semanas previas al viaje al país vecino contactamos junto con mi novio a un centro espiritual donde practicaban rituales con ayahuasca y consultamos en qué consistía la actividad, dónde, a qué hora, consejos. Antes de recibir cualquier respuesta, tipeamos en Google: “Qué es la ayahuasca”. Saltaron montones de artículos, pero la respuesta más simple y concisa nos decía que se trataba de una bebida indígena de los pueblos amazónicos que mezclaba dos plantas y que contenía alucinógenos. Nos miramos sonriendo maliciosamente, como si se tratase de una travesura de la que queríamos formar parte, cuando en ese instante llegó un mail. Un tal Santos nos explicó que él

era el chamán que presidiría la ceremonia ya que lo debía hacer una persona con mucha experiencia, y nos dio un listado de precauciones: “Tomá nota”, le sugerí a Agus y le revoleé una lapicera: “Dieta vegetariana, nada de bebidas alcohólicas ni gaseosas, mmm apa, nada de sexo y evitar exponerse a situaciones agresivas emocionalmente”. Por las dudas, le hicimos caso.

Después de charlarlo con Agus, reconfirmamos la decisión de asistir al ritual y fuimos desde Solanas hasta Montevideo con nuestra mochila cargada de agua, papel higiénico, frutas y ropa clara, tal como nos habían pedido que lo hiciéramos. A pocas cuadras de la terminal de ómnibus se situaba la casona vieja de ladrillos donde tendría lugar la ceremonia. Apenas asomamos por la puerta alguien desde adentro nos dijo en voz baja: “Sí, es acá, adelante”. Pasamos tímidamente y enseguida nos recibieron con mucha amabilidad mujeres y hombres vestidos de blanco. Eran unas seis personas que irradiaban una paz increíble, y si tuviese que dibujarlas lo haría con una inmensa aura blanca. Su tono de voz era monótono, bajo y pausado; las facciones de los rostros reflejaban serenidad y sus miradas resplandecían brillosas. Nos invitaron a dejar nuestras pertenencias a un costado y nos mostraron el camino hacia el baño por un pasillo largo con las paredes revestidas de madera donde podríamos cambiarnos de ropa. Con algo de vergüenza le mostré a una de las señoras que había llevado una remera gris porque no tenía blanca. “No te preocupes, ahí te busco algo”, me dijo, y al minuto volvió con una blusa de bambula que ya me daba calor de verla. Ante mi cara de sufrimiento me explicó con total naturalidad: “Es parte del rito personal. Los colores absorben y repelan energías y sus vibraciones”. Asentí sonriendo, como si realmente no me importase que estaba por usar manga larga con un día de treinta y dos grados y calladita y sin chistar me la puse. Una vez que estuvimos los dos vestidos acordes a la ocasión, nos hicieron llenar una ficha donde indicamos nuestra voluntad de asistencia

y revoleando los ojos —con más dudas que certezas— abonamos la colaboración que piden supuestamente para costear el brebaje que viene de otro país. A nuestro alrededor las paredes blancas vacías solo mostraban humedad y descuido. Afuera el sol caía y unas luces muy tenues acompañaban algunas antorchas y sahumerios que acondicionaban el espacio. Éramos en total veinticinco adultos de todas las edades, sentados en ronda en sillas típicas de escuela. A las siete de la tarde se dio inicio a la ceremonia.

Nos pidieron que nos sentáramos distanciados de quienes conocíamos para no estar pendientes de la reacción de nuestro ser querido. No tenía otra alternativa, así que con un pseudo puchero me despedí de mi novio y me ubiqué en un rincón alejada de él. Luego el chamán nos dio una charla introductoria para adelantarnos el tipo de sensaciones con las que nos encontraríamos, contarnos más acerca de la planta y para nivelar la ansiedad de todos los presentes, más que nada de los primerizos como nosotros, a quienes nos transpiraban las manos, no sé si por nervios o por el enero uruguayo. Sus colaboradores pasaron a entregarnos una bolsita de plástico para vomitar, que jamás creí que usaría —error— y me sentí en un avión, lista para despegar. Con música que mezclaba percusión y ritmos hindúes, el chamán pasó a servir a cada uno el brebaje en un vaso de plástico. Cerré los ojos, puse cara de asco y tragué el líquido verdoso.

“No se preocupen, la ayahasca no es adictiva”, adelantó el chamán. “Menos mal”, pensé subestimando lo que para mí hasta el momento era un show. “Pero tienen que saber que contiene compuestos químicos naturales capaces de provocar visiones intensas y sensibilizar agudamente los sentidos. Entréguense a eso”, continuó. “Okay, Caro, largá todo tipo de escepticismo, a esto viniste, respira profundo...”, me repetía a mí misma una y otra vez. “Dejen que esos efectos conduzcan a su conciencia hacia estados mentales inexplicables que serán a la vez reveladores y maravillosos, ya

verán", fue lo último que escuché decirle a Santos cuando mi mente pasó a otro plano.

El tiempo pasó a ser relativo. Nos habían comentado que estaríamos tres horas bajo los efectos de la ayahuasca; a la hora nos ofrecieron un segundo vaso. No pude tomarlo. Mi miedo a descomponerme era más grande que otra cosa y al principio me costó soltarme. Sentía que me bajaba la presión pero tampoco quería desesperarme. Así que una y otra vez respiré profundo y exhalé. Acudí a la calma, a no olvidarme de que en ese trance yo seguía siendo consciente de mi cuerpo de todos modos. Una vez más tranquila, me dejé llevar. Con los ojos cerrados mi mente no dejaba de pasar personas y momentos cotidianos, uno tras otro. Luego vinieron los sueños, imágenes borrosas que no podía descifrar pero que vinculaba de alguna manera a mi infancia, y ni siquiera me interesaba reflexionar sobre ellas. Luego vino la introspección, ese encontrarse con uno mismo, lo que querías ver y lo que no también. Charlas con gente que ya no está, querer mantener un diálogo imaginario y que todo desaparezca al instante. Me obsesioné con querer contactarme con mis papás, que aparecían reflejados en un charco de agua en el piso, pero cada vez que quería tocarlos el agua se movía y el reflejo desaparecía. Eso me desesperaba hasta que entendí que tal vez no era el momento, que tal vez no había nada que hablar. Enseguida aparecí en una escena recurrente de mi infancia. Era mi habitación con la silla mecedora al lado de la cama, la diferencia era que esta vez quien estaba en mi cama era mi abuela, y la que estaba en la silla sujetando su mano antes de dormir era yo. Ella me miraba y con voz temblorosa me pedía que no la soltara, tal como lo había hecho yo veinticinco años atrás. Aparecieron el llanto y la risa en cuestión de segundos. Escuchaba gente a mi alrededor que gritaba desaforadamente, otros escupían angustias desgarradoras y espíe a algunos que simplemente se veían complacidos y sonriendo. Cuando me quise acordar, ya había decidido abrir los ojos del todo de nuevo.

Mientras volvía a mi eje aparecieron por primera vez las náuseas y los vómitos. Otra vez sin noción del tiempo, todos en la sala empezaron a incorporarse hasta que regresó el chamán.

El final de la ceremonia consistió en una nueva charla con Santos, que al parecer decía cosas interesantes, pero yo no podía mantener la concentración. Trataba de pensar en las señales que había tenido un rato antes y a su vez quería disfrutar de ese estado de ánimo al que solo podía describir como “estar en paz”. Después de un rato, al finalizar la ceremonia nos dimos un abrazo como si nos conociéramos desde siempre. Por algún motivo me sentía en un estado de gratitud en el que abrazaba y miraba a los ojos a cualquiera de los presentes, aunque tal vez fuera la primera y la última vez que los vería en mi vida. Una vez que nos sentimos listos, decidimos emprender la vuelta. El camino a la terminal fue el primer desahogo de experiencias vividas, de silencios que decían mucho y de sonrisas que expresaban más que la satisfacción de un buen momento. Nos habíamos encontrado con nosotros mismos desde otro plano, el miedo ya había desaparecido y la curiosidad pasó a convertirse en un nuevo y especial conocimiento.

Solo eso

Nunca nos sentó muy bien el asunto de las fechas, pero en una tarde templada de un país sudamericano y tropical nos acostamos bajo unos árboles sin decirnos nada. Nos enredamos los pies fríos y rasposos de arena y autoricé al viento para que me regalase un flequillo improvisado. Y mientras él jugaba con el borde de mi pantalón suelto yo le contaba anécdotas irrelevantes con gente que ni conocía; pero él, atento, no perdía detalle. Me sonreía ya ni sé si por compromiso o porque enseguida notó que cuando me pongo nerviosa revoleo los ojos y se asumió culpable. Su bigote andaba de excursión en mi ombligo, mi dedo meñique se enredaba en sus rulos y nos quedamos de pronto en silencio. Aquel podría haber sido el momento más romántico del mundo. Tal vez una mirada reveladora, una frase memorable o una caricia precisa pintarían el escenario perfecto, pero su estómago rugió reclamando comida y yo me reí tan fuerte que me agarró un ataque de tos. Las mochilas abultadas hacían de almohadas y entre mates amargos pasaron las horas en las que innovamos en sentimientos y sin esfuerzo me llevaron a entender que nunca habría fechas, solo ratos, instantes, días y noches eligiéndonos.

Chocolate

En una noche entre amigos desconocidos en un hostel cualquiera conocí a Chocolate, como la llamaban desde siempre. Morena con el pelo trenzado hasta la cintura, aprovechaba cada melodía para mover las caderas mientras me ofrecía constantemente daikiris de frutilla con sabor a libertad. Nos sentamos en un sillón que se hundía y apoyamos nuestros pies en la mesita ratona de madera y entre sorbo y sorbo me contó sobre cómo despertó un día y sin más decidió cambiar su vida para siempre.

Cortó una relación de siete años con el que hasta ese entonces ella intentaba convencerse en vano de que era el amor de su vida, renunció a un trabajo que detestaba y donde las horas parecían siglos, regaló casi toda la ropa que acumulaba en su armario y compró un pasaje sin retorno a Roma para el mes siguiente. No le sobraba el dinero, pero era tanta la confianza en sí misma que se convenció de que conseguiría recuperar lo invertido pronto y así daría comienzo a lo que siempre había soñado: un viaje largo y sin prisa, a través del mundo y a través de ella.

Luego de largas charlas con sus padres —quienes finalmente apoyaron la nueva aventura solo si ella prometía ponerse en contacto por lo menos dos veces por semana—, llegaron los reproches y las opiniones ajenas que nadie había solicitado. Amigos, colegas y conocidos que se repartían entre envidias y buenos deseos.

Mochila al hombro, cuaderno y lapicera a mano, pasaporte listo para ser sellado más de diez veces y una sensación de liberación infinita.

Todo eso que tenía era todo lo que necesitaba, y así fue que el 23 de agosto de 2004 emprendió el viaje de su vida, dejando atrás dudas y cobardías. Todo lo que veía por delante estaba teñido de emoción, la brisa que apenas le revolvía el pelo le susurraba buenos augurios y por primera vez en mucho tiempo sintió que hasta los edificios de Buenos Aires le sonreían al despedirla.

Al día de hoy Chocolate sigue andando por ahí. Perdió la cuenta de la cantidad de aviones, buses y trenes que la llevaron de un lugar a otro; se le mezclan los idiomas que nunca creyó aprender y manda postales a su familia desde cada punto recóndito del globo terráqueo. Pero más allá de los kilómetros recorridos del planeta, Chocolate recorrió mucho más en su interior. Con el paso del tiempo y las experiencias descubrió que podía vivir sin ponerse excusas constantes, que ya no le interesa hacer comentarios políticamente correctos para encajar en algún contexto, que dice muchas más veces “sí” que “no”, que comer más despacio le permite saborear la comida mucho más, que caminar sin mapas le genera una adrenalina inexplicable, que no puede comer más los animales que acaricia en el campo, que encuentra su paz cada vez que mira un atardecer en soledad, que al indagar sobre su pasado y desterrar miserias puede curar viejas heridas hasta reconstruirse y renacer una y mil veces.

Chocolate me mira en el espejo de esa sala de estar del viejo hostel y yo le sonrío cómplice.

Sudaca

Crucé fronteras de profetas
y rebaños de piedras.
Cerros dotados de colores
que me invitaron a oler sus flores.

Me topé con un viento tenaz
que silba canciones de cuentos,
y cambia en su voz rasposa
la tonada y el acento.

Respiré un continente amable
perfumado por insólitos frutos.
Caminé sus cultivos de sudor
porque aunque se tiña de dolor
sabe más de revolución
con gustito a resurrección.

Leyendas de altamar,
fábulas de junglas,
mitos de antepasados que latén
y viven en mi sudaca aventura.







Puerto seguro

Fueron años de travesías
cruzando mares suculentos
las tormentas destruyeron
hasta aquello que no era
y que tampoco quería ser.

Parecés exhausto
levantá la vista
yo soy tu puerto.

Acá están mis brazos
para poder amarrar
te regalo mi alma
para que puedas anclar.

Somos consecuencias

Estamos en un cuento, o eso parece. Las colinas son de color lima, las ovejas esponjosas corren descontroladas como si alguien las estuviera persiguiendo, las vacas nos miran asustadas sin dejar de masticar el pasto y algunas casitas se asoman a lo lejos. Somos la ruta vacía, mi novio y yo. De fondo, las olas que chocan en una orilla que no alcanzo a ver pero que intuyo que debe estar por ahí. Por supuesto, pese a ser última generación, nuestro celular no tiene señal y nos damos cuenta de que estamos varados en medio de algún pueblo neozelandés con nuestro auto sin batería. Solo resta esperar. Al fin y al cabo, somos las decisiones que tomamos y en este momento también somos presos de ellas.

Está claro que si le hubiésemos hecho caso a Rocío, que nos había comentado que era mejor irnos hacia el norte, donde los pinos te marcan el camino y el olor a frutos secos te perfuma la travesía, esto no habría pasado; allí hay miles de turistas constantemente, alguien nos ayudaría. Si hubiésemos estado charlando más tiempo con Sarah en el almuerzo del mediodía, si hubiésemos saboreado más esa pavlova empalagosa que nos ofreció su hermana, o si hubiésemos tomado más vino, probablemente no estaríamos acá; aún estaríamos tirados en el sofá negro de cuero improvisando conversaciones anglosajonas. Y qué decir del auto... si Agustín me hubiese hecho caso aquel día que lo compramos... Está bien que nosotros éramos nuevitos en este país pero yo le avisé que el que nos lo vendió nos había jodido. En ese callejón en medio de Auckland nos esperó con el auto, no sin antes enviarnos diez mensajes de texto apurándonos para llegar. Como todo maorí, su

tamaño intimidaba y ante sus monótonas respuestas a nuestras preguntas preferimos resolver el trámite rápido, le dimos la plata y huyó como una rata. “Vos desconfiás de todo el mundo, Carola”, me dijo Agus cuando empecé con mis gestos de disconformidad. “Vos confiás demasiado”, sentenció, y al final yo tenía razón. El tipo se había ido rápido porque nos estaba vendiendo chatarra. Me pregunto si este auto tendrá más problemas y si tengo que seguir preocupándome por esto.

Respiro profundo y exhalo mi fastidio. Miro alrededor y caigo en la cuenta de que el peor escenario que me pinto a mí misma es el más bello que vi en años. Lo veo a Agus tratando de entablar contacto con un caballo de pelo sedoso, flequillo y cola larga. Se miran como si conversaran a través de los sentidos y es tanta la paz que transmiten que los dejo conectar alejándome unos metros hacia la parcela de al lado, minada de árboles de mandarinas. El perfume me abrume de golpe y a mi alrededor el tiempo comienza a detenerse. Ya no tengo urgencias ni apuros. De fondo, vuelvo a reconocer ese sube y baja de campos frescos capaces de calmar a cualquier fiera. Mis palpitaciones se desaceleran y las venas de mi frente se deshinchán. Ahora puedo sentir el pasto espeso bajo mis pies y el sol entibiarme el pelo. Escucho a los pájaros que se mueven al ritmo de las nubes, y al apoyarme en el auto me río sola. Si no hubiese cambiado de bolso los cables de la batería tal vez ahora tendríamos una solución a mano; y si le hubiese hecho caso a la luz roja que titilaba mientras manejaba y Agus dormía, sin duda no estaríamos ahora aquí. Pero qué más da, nos estaríamos perdiendo de ser parte del cuento más verde del mundo.

Es más fácil dar consejos

Aeropuerto de Auckland, Nueva Zelanda. Arrastro humores en montañas rusas y dramas que incluyen berrinches y carcajadas. Insoportable, me digo. No me banco. Elijo un café frío para combatir la espera en el aeropuerto y el calor del tumulto turista. Abro un libro de Gioconda Belli y leo: "Lentamente voy comprendiendo este tiempo. Me preparo. He observado a la mujer", levanto la mirada y miro a una chica de mi edad revolviendo el edulcorante hipnotizada con un palito de madera. A su lado, un tipo un poco más grande le sostiene la mano mientras mira su teléfono celular.

Derrama lágrimas invisibles pero yo las puedo ver porque las he derramado también. "Cuando no es, no es" y "La gente no cambia" resultaron premisas o desechadas declaraciones. A ella se lo deben de haber dicho cien veces y ciento cincuenta habrá ignorado. Y por eso ahora se topó nuevamente con el amor forzado. Ese abrazo de recién ni siquiera acercó sus cuerpos. Estaban a miles de kilómetros con vientos del Polo Sur. Me di cuenta porque yo también di de esos. Ahora tomará un sorbo de su té con canela esbozando una sonrisa para convencerse a sí misma de algo que no es ni será. Y sí. "Mujer, yo también quise creerme excusas y pretextos que no cuadraban ni en la mejor película de ciencia ficción", quería gritarle. "Esto es la vida real, y esto sos vos aferrando a alguien que ya te ha dejado afuera de su vida", insisto a través de la telepatía. "Vos sos yo ayer." Volví al libro. "Ahora comprendí este tiempo", dice la siguiente oración, y la releí. "Te lo presto para que vos también puedas salir de esta", le charlé con la mirada

hasta que él le dio un beso que le sacó la sonrisa más genuina y se fundieron en caricias. Ahí me di cuenta de que yo era pésima en lecturas de ánimos ajenos, que era más fácil hablarse a uno mismo a través de los demás y que, después de todo, la que había cambiado había sido yo y que cuando soy, soy.

Callar

Samoa es un país en medio del océano Pacífico. Es un paraíso compuesto por dos islas, playas de ensueño y menos de doscientos mil habitantes. Viajé allí por dos semanas en 2015 y mis últimos días de vacaciones había decidido pasarlos junto a la familia del taxista que me había levantado en el aeropuerto el primer día y me había ofrecido alojamiento. Así fue que me sumé a la familia de Tami que, como es usual allí, vivía junto con todos los parientes bajo el mismo techo pero no “entre las mismas paredes”. Es tanto el calor en Samoa que las casas son abiertas y a la vista de todo el mundo.

Cuando llegué me recibieron alrededor de diez personas de todas las edades. La amabilidad que me venían demostrando los samoanos allí no sería la excepción. Los más chicos ya estaban buscando mis manos para acaparar mi atención, mientras uno de los adultos me sacaba la mochila empapada de la espalda para acomodarla en un rincón y la esposa de Tami hacía malabares con un bebé en brazos para acercarme una silla. Detrás, la más anciana me señalaba que no podía acercarse a saludar porque estaba al cuidado de una olla gigante que olía a pollo con verduras. Otra señora —mentiría si digo que entendí el parentesco— me guio hacia mi habitación. Por ser una “palanqui” (como llaman a los turistas) intentaron ponerme algunas cortinas más gruesas alrededor de mi colchoneta para darme más privacidad pero me rehusé, sentí que no hacía falta.

Después de una cena breve pero consistente, hecha especialmente para mí, fui raptada por los más chicos de la familia. Dos nenas:

Suli y Jobi, con once y trece años respectivamente, y Tafuga, un chico de quince que se estaba dejando crecer el bigote. Hablaban un inglés mucho mejor que el mío, así que después de conversar sobre varios tópicos encabezados por mi color de piel y mi pelo largo y sedoso que envidiaban y me tocaban constantemente probando trenzas y rode-tes, intentaron convencerme de ir a la iglesia al día siguiente. Ya había notado lo católicos que eran los samoanos y cuánta importancia le daban a la iglesia como institución, incluso dándole dinero y hasta lo que no tenían para cumplir con el deber. Esa sensación de no querer ser parte ya la había sentido en otros países, pero noté lo importante que era para ellos y dije que los acompañaría. Automáticamente las dos nenas saltaron de alegría y corrieron hacia mi mochila para sugerirme la vestimenta adecuada para la ocasión. Esa noche les enseñé a jugar al juego de la oca y la emoción por la novedad duró horas hasta que nos quedamos dormidos.

A la mañana siguiente desperté con el cacareo insufrible de un gallo. Era muy temprano, pero había dormido plácidamente y sentía mi cuerpo descansado. Me quedé en mi colchoneta haciendo fiaca hasta que vi a Suli y a Jobi espiar entre las cortinas. En cuanto notaron mi mirada, empezaron a gritar que era hora de levantarse para ir a la iglesia. Tami apareció en escena retando a las chicas por gritar y ni un minuto después comenzó a cantar una canción con su terrible vozarrón. Me puse una almohada en la cabeza y respiré profundo. Hora de levantarse.

La iglesia quedaba a unas ocho cuadras de la casa, desde donde fuimos todos juntos caminando. Yo tenía una remera blanca con mangas y una pollera larga roja que había sido seleccionada por las chicas la noche anterior —era lo único en mi mochila que me tapaba las piernas y eso las indignaba un poco—. Además, me habían hecho unas trenzas cosidas con el pelo recogido que desencadenó en un *book* de fotos conmigo desde todos los ángulos. El adolescente, queriendo

aparentar seriedad, me pedía perdón por la intensidad de sus primas. Al entrar a la iglesia todos se dieron vuelta para mirarme; era la novedad, una turista asistiendo a una misa dominical. Suli me tironeaba de un brazo y Jobi del otro, me pararon en medio de las dos y me fueron señalando el cancionero para que las siguiera a la hora de cantar. Yo no cazaba una, y ellas se reían. Enseguida se nos sumó a nuestros asientos un hombre calvo y robusto que me esbozó una sonrisa y levantó sus cejas; le sonreí por cortesía. Jobi me apretó fuerte la mano y enseguida percibí cierta incomodidad.

La misa habrá durado unos cuarenta minutos. Para mí fueron tres horas. Una vez terminada, solo quería ir a darme una ducha fría, pero de regreso a la casa yo parecía ser la única con calor. Suli no paraba de hablar mientras iba abrazada a mi cintura transpirada; Jobi en cambio me tomaba de la mano mientras miraba el piso. Tafuga avisó que tendríamos un almuerzo con los vecinos y les pidió ayuda a las chicas para ir a buscar unos cuantos cocos que había pedido su abuela. Ambas salieron corriendo a ayudarlo pero en un momento Jobi fue desacelerando la marcha, se dio vuelta para mirarme y su mano extendida me invitó a desviarme del camino. Apuré el paso y la seguí. En unos bloques de cemento que alguna vez quisieron ser parte de una casa nos sentamos. Me miró y con lágrimas en los ojos me hizo prometer que no le contaría esto a nadie de su familia. Pero a nadie. “Hacé la señal de la cruz”, me pidió para confirmar más veracidad, y así lo hice. “Hay un señor que me toca.” Tragué saliva. “Es muy amigo de mi papá y a veces hace arreglos en mi casa. Cuando tenemos problemas con la luz o con el agua. No sé. Pero viene y si ve que estoy sola me pide cosas.” “¿Qué cosas?”, indagué con lava agitando en mis venas. “Me dice que lo toque ahí abajo y que le diga que me gusta. O que le agarre las manos y me las pase por acá”, relató señalando sus pechos y con la voz temblorosa. “No me gusta y no quiero pero lo tuve que hacer porque una vez cuando dije que no, me agarró del cuello y

me dolió mucho. No podía respirar. Además me dijo que si se lo llevo a contar a alguien todos van a decir que estoy loca, y que la gente loca y encima pecadora se va al infierno." Mi cabeza no daba abasto. "¿Era el que estaba en la iglesia?", dudé. Jobi asintió. Estaba fuera de mí, necesitaba salir a romperle la cara y hacerles saber a todos la pesadilla que esta nena estaba viviendo, pero en ese momento me abrazó y entre sollozos me suplicó: "No le digas a nadie, por favor. Vos ya te vas, no va a cambiar nada, solo decime qué puedo hacer o cómo puedo evitarlo".

Hablamos más de cuarenta minutos sobre nuestros cuerpos, los cambios que atravesamos, el respeto, las formas de vincularse. Hablé desde la experiencia y la comprensión, pero por más que lo intenté no pude sostener un rol sabio y psicopedagógico. Insulté sin descaro y le supliqué que buscara ayuda cuando de golpe aparecieron los demás un poco enojados por nuestro abandono. "Le estuve contando leyendas de Nueva Zelanda y se pasó la hora", mentí ante la insistencia de tantos porqués. "Claro, claro, claro. Vamos, que el almuerzo ya está casi listo", nos dijo Suli, y comenzó a corretear de regreso junto a su primo entre yuyos desprolijos. Jobi exhaló, me apretó la mano, y mientras caminaba aliviada, con la cabeza bien en alto, yo agaché la mía.

Entre cuatro estaciones

Arrowtown huele a leña en invierno. Se ven las chimeneas humear blanco, confundiéndose con la nieve que envuelve las montañas. Huele a pasto recién cortado en verano, solo bastan un par de lluvias para que el verde luzca brillante y sea el colchón de adolescentes que se tiran sobre él y se enredan en besos. Se embriaga con el vino dulce que preparan los viñedos de los alrededores y descansa a orillas del río que cruza el pueblo, el mismo que cambia de caudal según su humor.

“Mientras los ancianos recolecten las manzanas que caen de sus árboles y las exhiban en una carretilla para servir al barrio; mientras todos nos sigamos saludando en las veredas; mientras las nenas de la otra cuadra junten nueces y avellanas para vender por moneditas que almacenan en una alcancía a la intemperie para así comprarse los patines verdes, yo me quedo acá. Mirando las hojas transformar sus colores cada otoño, mientras una pareja de asiáticos vestidos elegantemente fingen poses de amor exagerado para un fotógrafo y ya llegan los primeros aromas a flores avisando la primavera. Mi vida transita al ritmo de mi pueblo y a mí con eso me sobra”, me dije mientras apagaba la alarma para seguir soñando.

Viva

Queenstown, Nueva Zelanda. Ayer empecé a trabajar en un resort de la zona y apenas llegué vi en la pizarra que tenía asignada una compañera: Emma. Miré a mi alrededor y noté que había mucha gente subtreinta y mucha gente que pasaba los cincuenta. Entre ellos se asomó alguien preguntando quién era “Carolaina”. Así nos conocimos. A media mañana, luego de habernos asignado diferentes tareas en la limpieza del lugar, Emma me obligó a descansar. Me ofreció un té negro con leche, me señaló las sillas que se encontraban contra el ventanal que daba al lago y nos sentamos a conversar.

Me preguntó por mi vida, sintetiqué como pude y terminé mi *speech* contándole lo mucho que extrañaba a mi abuela y cuánto me preocupaba pensar que pasaba tanto tiempo sola en su casa. Emma movió su cabeza de un lado a otro.

—Yo por eso hago cosas. Acá trabajo una vez por semana porque necesito moverme, el resto de la semana trato de ir a jugar al golf o hacer alguna otra actividad. Me gusta sentirme viva porque nunca sé cuándo va a ser el último día que me vaya a despertar, y no me quiero quedar esperando lo peor sentada en una silla —me dijo con un inglés cerrado pero pausado.

—Disculpe la pregunta pero... ¿cuántos años tiene?

—Ochenta y uno, querida —y tomó un sorbo de su té.

Cuando me vio haciendo malabares con palabras en inglés que trataban de explicar mi admiración, respiró profundo y me sugirió:

“No hace falta rellenar momentos con palabras vacías. Disfrutá de esta vista y de este hermoso día de sol”.

Clic

Pikowai, Whakatane, Nueva Zelanda. Escribo esto ahogada en lágrimas y lejos de querer juzgar a nadie, sino más bien para afianzar mis pensamientos y todo eso que siento y me desborda. Necesito volcar las palabras en mi cuaderno para dejar asentado en algún lugar —y releerlo en un futuro— que hay bocha de mundo por descubrir, que estamos llenos de dudas y sentimientos que solo despiertan cuando algo nos toca de cerca y que la vida merece ser vivida en todas sus formas para poder elegir aquello que nos hace bien.

Un año atrás llegábamos a la granja de Don y Cheryl para hacer *wooofing*¹. La casa se ubicaba en la cima de una colina y desde cualquier rincón se podía ver detrás de un sube y baja de campos color verde lima una franja azul del océano Pacífico. Nuestro jardín era inmenso, y además de tener rosas, lilas y todo tipo de flores que olían increíblemente, también había un espacio listo para que plantáramos montones de vegetales que comeríamos después. Mientras Cheryl nos contaba sobre sus combates personales con las hormigas que devoraban sus preciadas flores, escuchamos el mugido de un ternero y ella recordó: “Ah, sí, me faltó mostrarles lo más importante, ¡para lo que

¹ *wooof* es el acrónimo de World Wide Opportunities in Organic Farms, es decir, “oportunidades de voluntariado alrededor del mundo en granjas orgánicas”, pero hoy por hoy se usa como “trabajar unas horas a cambio de alojamiento y comida”.

necesitamos su ayuda!”. Caminamos unos metros en la dirección contraria a la casa y vimos a unos diez terneros de tan solo tres meses asomar la cabeza por detrás de una reja. Automáticamente supimos que este iba a ser un lugar especial.

Aquella primera vez nos acercamos sigilosos y en cuclillas con un poco de pasto recién arrancado, y estiramos nuestras manos esperando despertar su curiosidad. Desconfiados y miedosos nos pispeaban hasta que uno se acercó. El 111. Masticó los yuyos crocantes y, cuando no hubo, más dejó que lo tocáramos. Por primera vez en su vida estaba experimentando una caricia detrás de su oreja y nosotros un momento así con un torito. Inmortalizamos en video su cara extasiada y al darnos vuelta para irnos, comenzó a refregarse una y otra vez para exigir más mimos, como si se tratase de un perro. Nosotros, bichos de ciudad, no lo podíamos creer. En pocos días, tras una votación en redes sociales entre amigos y seguidores de nuestro viaje, el ternero 111 pasó a llamarse Suárez.

No me voy a olvidar nunca de esa primera etapa de exploración animal. Todos los días teníamos nuestra rutina, que arrancaba muy temprano para alimentarlos. Mezclábamos leche en polvo con agua y volcábamos grandes baldes en unos contenedores con ficticias tetas de plástico. Los vacos venían corriendo exaltadísimos y teníamos que asegurarnos de que cada uno estuviese ubicado en un vertedor y no le robara el desayuno al hermano. Todos movían la cola al mismo tiempo y se babeaban sus mofletes. Durante esas semanas ellos fueron perdiendo el miedo y nosotros la autoridad de nuestro trabajo, aunque mucho no nos importaba. Los movíamos de cerca, les dábamos de comer, nos pasábamos horas enteras sentados entre ellos, y descubríamos nuevos comportamientos todos los días. Fabulábamos cuáles eran mejores amigos y entre cuáles no había onda, y cuando volvíamos de algún lugar, sabíamos que Suárez iba a estar listo para recibirnos con un pegajoso y áspero lengüetazo. Era inevitable involucrarse

sentimentalmente con estos animales, de la misma manera que era inevitable hacerse preguntas. Tanto Cheryl como Don nos contaban que los criaban para reproducción, que no terminarían siendo carne y eso me consolaba aunque fuera un poco. Pero de la misma manera nos repetían como mantra: “Remember. They are not pets”. ¿De dónde puede sacarse esa dureza?

Durante los meses siguientes viajamos alrededor del país cambiando de ciudades y de trabajos constantemente, pero siempre con nostalgia, extrañando Pikowai. Cada vez que veíamos al costado de la ruta algún toro, nos preguntábamos qué andarían haciendo los nuestros, cómo estarían de grandes, y aunque Cheryl nos solía mandar fotos, queríamos y necesitábamos estar ahí de nuevo. Así que después de casi un año decidimos volver donde nuestra aventura había iniciado.

Besos y abrazos con los dueños de la casa. Que cómo están, que cómo anduvo el sur, que los extrañamos un montón, que nosotros también, que dónde están los vacos. Los dueños de la granja no se sorprendieron ante nuestra urgencia y enseguida Don nos señaló el camino. Ahora estaban en un campo más lejano porque necesitaban más espacio. Y sí. Ya tenían un año, ya no eran bebés. Caminamos entre subidas y bajadas y los vimos. Estaban enormes. Ya no se veían color dulce de leche; ahora eran toros grandotes, oscuros y pesados. Nos acercamos con cuidado ante sus miradas confundidas, con la incertidumbre de si se acordarían de nosotros. Nos sentamos en el pasto pegaditos a ellos y dejamos que nos olieran. Entre todas sus cabezas, divisamos una oreja con una etiqueta amarilla que decía “111”. Suárez nos relojó, se acercó lentamente y no dudó. Entre besos y cabezazos torpes repartidos nos dio la bienvenida una vez más. Aquel día nuestra vida cambió para siempre.

Arrancaba la primavera, así que los días se iban haciendo más largos. Yo había conseguido trabajo en una fábrica de frutas y Agus trabajaba de manera *freelance* para una página web desde la granja.

Lo mejor de su trabajo era que podía pasar mucho tiempo rodeado de nuestros amados animales; lo mejor del mío era que sin querer me había transformado en “Mamá Noel”. Todas aquellas frutas que no se ponían a la venta y se separaban para tirar, yo me las cargaba en cajas para llevar a casa. Así descubrimos que los toros enloquecían por los kiwis y las mandarinas. Lo que al principio fue un hallazgo para fotos y videos, se convirtió en un ritual de cada día durante semanas. Estábamos felices, hasta que nos desayunamos una mala noticia que resultó realidad. De un día para otro los vendieron, los remataron. No crecieron lo suficiente, ya no eran negocio, les salía caro mantenerlos, ya no les servían. Al final eran descartables, como el plato de comida que no me pude terminar porque, por primera vez en mi vida, no pude ver un pedazo de carne más.

Hace una hora cerré el portón y vi el camión alejarse con sus trompas asomadas por las hendijas de madera. Solo pude decirles “Hasta siempre, Suárez, hasta siempre, muchachos”. Me llevo conmigo una lección y una nueva elección de vida.

Aviones

Dos hermanitas me saludan entre grandes pastizales en medio de las frondosas sierras birmanas. Me desvío del sendero y me acerco a ellas. Enfáticamente salen detrás de un árbol para asustarme y gritan “Hellooooooooo”. Las dos mueven sus manos llenas de tierra para saludarme. Les respondo “Mingalabaaaaa” y muevo mis manos con la misma intensidad. Se ríen pícaras tapándose los ojos mientras los mocos chorrean hasta sus bocas, pero ni se dan por enteradas. La más chiquita me señala el cielo. No hablo su idioma, así que intento entender lo que me quiere decir. Cruzando mis dedos pulgares improviso un águila que le vuela por arriba, le muestro su sombra en la tierra roja y hasta me animo a emitir algún sonido de pájaro. Ella me mira, me imita unos segundos, pero se aburre pronto y comienza a mover la cabeza diciéndome que no. Frunzo mi boca y pienso. Saco de mi mochila mi cuaderno de viajes. Ella estira el cuello espiando qué llevo adentro. Arranco una hoja y le hago un avión de papel. Le dibujo ventanas con mi lapicera e invento el número del nuevo “Boeing”. Ahora mueve la cabeza diciéndome que sí. Guardo el cuaderno de nuevo y vuelve a mover su cabeza diciendo que no. Inmediatamente señala a su hermana mayor, que nos observa cohibida a pocos metros. Vuelvo a sacar el cuaderno, arranco otra hoja y hago un segundo avión. Desborda de alegría y me abraza. Su cabeza apenas pasa mis rodillas y siento su agradecimiento desparramarse por mi cuerpo. Le lleva un avión a su hermana y las dos empiezan a hacerlos volar de un lado hacia otro. Vuelvo a sacar mi cuaderno y le arranco la tapa de cartón. Si van a volar, que al menos resistan una lluvia.

Lluvia de estrellas

Indonesia. Komodo. Un barquito de dudosas condiciones. Veinticinco pasajeros con diferentes pasaportes. Mucho arroz, muchas verduras lavadas con agua de mar, mucho, mucho calor. Cuando el sol bajó y quedamos solos donde se entremezclan las aguas del océano Pacífico y el océano Índico, me precipité por subir al techo de la embarcación y robarme una brisa. Me acosté sobre la superficie firme y crucé los brazos debajo de mi cabeza. Desde allí tenía una vista privilegiada; arriba el cielo abrió fuego y disparó montones de estrellas fugaces. Era un cielo repleto de deseos por pedir. Pedí uno, tres, catorce, veinticuatro. Cuando sospechaba agotar mis anhelos, por las dudas reforzaba algunos y los pedía más de una vez. Hoy desde Australia, junto a la persona con la que elijo compartir mis días, habiendo tomando un helado con mi abuela del otro lado del océano, y escribiendo estas líneas, compruebo que aquella noche valió la pena el pasatiempo.

Johnny B. Good

Hace unos meses atrás conocí a John. Ni idea del apellido, lo contacté por la página de Couchsurfing en la que gente alrededor del mundo ofrece alojamiento gratis a viajeros por mero intercambio cultural, en la mayoría de los casos. Buscaba un lugar donde quedarme en la capital camboyana y su perfil, de entrada, llamaba la atención. No sé si habrá sido porque se veía en la foto que se trataba de un hombre que pasaba los cincuenta años o por su bandana en la cabeza y su aspecto de motoquero, pero sabía que quería conocerlo. Además, lo más importante para mí eran las referencias de otros viajeros que habían pasado por su casa y no había ni uno que no hablara maravillas de él. Decidida, le mandé un mensaje y enseguida contestó dándome los detalles de su casa y cómo llegar. Su perfil online sería solo un adelanto de lo que me encontraría después.

Cuando llegué a su departamento en la ciudad de Phnom Penh tuve que pasar por múltiples medidas de seguridad; él ya me había advertido por WhatsApp que en aquel edificio vivía gente muy importante y era posible que perdiera un poco de tiempo en la recepción. Después de varios minutos, rejas y códigos llegué a su puerta. Toqué timbre y apareció. Medía alrededor de un metro ochenta y largo, y además se lo veía grandote, con los hombros un poco caídos y un caminar pausado que indicaba un problema de cadera. En su cabeza rapada llevaba atada una bandana roja con manchas negras, arrugas que rajaban el rostro blanco y grasiento, la dentadura imperfecta, ojos celestes pequeños que se ocultaban detrás de unas gafas

de sol espejadas y los brazos repletos de tatuajes que seguían hasta sus manos. Con un inglés muy difícil —al que me terminaría acostumbrando— interpreté que me invitaba a pasar a su guarida y enseguida sacó de la heladera unas botellas de alcohol para compartir. Destapó su cerveza, hizo un gesto de esfuerzo al sentarse en el sillón de su habitación y me dejó en claro señalando en círculo que esa ahora era mi casa también, que podía usar lo que quisiera, aunque tampoco había tanto. Pedí permiso y recorrí el lugar. Su heladera tenía un par de huevos, pan lactal en rodajas y un queso en el que se asomaban algunos hongos de abandono. Definitivamente no cocinaba. Le pregunté por algunos utensilios de cocina y me dijo que sabía que estaban en algún lugar de la alacena pero ni idea dónde. El baño era grande y estaba limpio, era todo lo que necesitaba saber. En el living estaba mi sillón cama, que en aquel momento de cansancio parecía un sommier king size que me invitaba a desplomarme, pero mientras lo miraba con cariño él me señaló la pared detrás. Parecía el corcho en la pared de un adolescente con chinches que fijaban cartas, dibujos, fotos, billetes de todo el mundo y notas. Me acerqué para mirar de cerca y vi que eran souvenirs de viajeros que habían pasado por allí y le dejaban “algo” de recuerdo. La mayoría agradecía la estadía, decían que esperaban volver a verlo y que nunca lo olvidarían, pero un dibujo me llamó la atención y me acerqué para observar con detenimiento. Era una caricatura de él vistiendo ropa militar, apuntado con una escopeta. Al verme, preguntó: “¿Sabés que yo soy veterano de guerra?”. Y así comenzó la primera página del libro en vida que estaba por conocer.

No quise ser descortés, así que acepté sentarme en el sillón de su cuarto para charlar. John hablaba un montón. No encontraba un hueco para poder pararme e ir al baño o simplemente agregar un comentario porque el monólogo era tan interesante como intenso, y esa dicotomía me jugaba un poco en contra. Cada vez que tomaba

un sorbo de cerveza, miraba un punto fijo en la habitación y se le juntaban los labios haciendo un ruido pastoso, con boca de pato. También se tocaba muy seguido la nariz y yo sabía que tendría una respuesta para eso. Era tanto lo que hablaba en ese inglés australiano tan cerrado que al no poder retener la información mi cabeza decidía divagar de a ratos mientras mi cara expresaba con total normalidad que estaba atenta a todo. Así fue que también descubrí sus pies, que eran enormes, nunca había visto algo así. Usaba unas zapatillas que parecían bodoques y que arrastraba cada vez que caminaba. Detrás de él noté su armario abierto y ni una prenda de color colgada de las perchas, todo era negro, excepto por un pañuelo verde oscuro que colgaba de la puerta del placard. Los títulos seguían pasando porque historias de vida no le faltaban y para coronar la tarde me relató con detalles sus días en Vietnam. El adiestramiento militar y el lavado de cabeza; la mirada puesta en el enemigo sin distinguir inocentes. Me dio escalofríos su relato con tanta soltura, pero él ni lo percibió. Cuando hizo una pausa aproveché para darle fin y desperezarme, le dije que había tenido un día muy largo, que la seguíamos al otro día.

No voy a negarlo, a la mañana siguiente fingí dormir un rato más solo para tener un rato de tranquilidad a solas. Para colmo, ya había aceptado su invitación para ir a recorrer los rincones de la ciudad, así que sabía que me esperaba otro día intenso, pero el estar fuera de las paredes del departamento me renovaba la energía. En puntitas de pie armé un desayuno rápido con algunas sobras que llevaba en mi mochila y mientras preparaba su parte escuché el “Good morning”. Comimos rápido unas tostadas, bebimos un café espantoso y salimos en busca de un taxi. John regateó el precio hasta que el camboyano un poco ofendido dio con el número que él esperaba y nos fuimos al centro. Mientras caminábamos por calles repletas de basura, pasaban locales trotando por la costanera y turistas que sacaban fotos en el mercado central, donde vendían desde frutas hasta imitaciones de

joyas de oro. Durante el paseo, mi anfitrión me mostraba los nuevos edificios modernos que contrastaban con la arquitectura local, sintetizando que los chinos estaban comprando todo, o mejor dicho, “estaban conquistando el mundo”. Un poco agitado por el calor pegajoso de la ciudad me pidió ir a sentarnos a un bar y seguir la conversación de la noche anterior que no había terminado.

“En Vietnam conocí a un tipo que me enseñó a hacer una bomba casera muy potente”, empezó “light” para captar mi atención. “Era una bomba que se podía hacer con elementos que podías encontrar en una farmacia común y corriente.” Y orgulloso me contó que decidió transmitir su conocimiento a los rebeldes irlandeses. “Yo les enseñé”, “Yo”, “Yo”. Años más tarde, ya viviendo en Nueva Zelanda, aquel aprendizaje casi le cuesta la cárcel. En pleno *apartheid*, el equipo sudafricano de rugby Springbok había viajado hasta allí a jugar y se había enfrentado con violentas protestas que terminaron cancelando los partidos. Pero antes de ello una bomba había explotado cerca del parque donde entrenaban, y pese a no causar heridos, obligó a cerrar el aeropuerto de la ciudad de Christchurch por miedo a otro atentado. A la policía local le había llegado a través de un irlandés que vivía allí el dato de que John solía manipular ese tipo de explosivos y enseguida dieron con él. Después de varios interrogatorios, lo dejaron en libertad por falta de pruebas.

Pasó años entre drogas y prostitutas camboyanas, y hasta fue líder de una banda de motoqueros que tenían como logo el escudo de las SS nazis. Ahí comprendí que uno de sus tatuajes se vinculaba al nazismo y otro expresaba su racismo a los musulmanes a través del dibujo de Australia diciendo “Fuck off”. Tal vez mi cara al llegar a ese tópico fue indisimulable y por fin escuché el silencio por unos segundos. Aproveché y me levanté para ir al baño. Estaba aturdida y no dejaba de pensar si debería seguir sentada allí. Una parte de mí me pedía irme y no compartir ni un segundo más al lado de una persona

así, la otra me decía que estaba frente a una nueva versión de alguien que reconocía sus errores y se lamentaba por ellos. Me lavé la cara, me miré al espejo y volví a la mesa.

Sin palabra mediante John se acercó a mi lado y se arremangó la remera. Mostrándome sus brazos tatuados enfatizó como si no hubiese habido pausa mediante: “No me los saco porque me tengo que hacerme cargo de quien fui. Hoy ya no pienso así, hoy no soy esto, pero es lo que fui y no puedo borrar mi pasado”. Lo dijo tan seguro que me convenció, y en aquel momento observé a esos tatuajes como estigmas que lo acompañarían para siempre. Como si pudiese leer mi mente, se apresuró en su relato y me contó sobre una de las últimas veces que, bajo una gran dosis de cocaína, le pagó a una joven prostituta camboyana y terminó conversando con ella toda la noche. “No tuvimos sexo, ¿sabes? Esa chica necesitaba contención, nunca se había puesto a pensar en lo que hacía. Le dejé mucha plata en la mesa de luz y le dije que la usara para tomarse un bus a su pueblo al día siguiente y comenzar una nueva vida, que ella tendría otras oportunidades.” Tomó un largo sorbo de cerveza, cerró su puño y dándole golpecitos a la mesa agregó: “Fue en aquel momento, esa mañana de abril, que reparé que también habría nuevas oportunidades para mí. Todos las merecemos, ¿no?”.

Pude elegir

Iba en moto por la isla tailandesa de Koh Lanta cuando de repente, a un costado de la ruta lo vi: mi animal favorito en el mundo moviendo sus pesadas orejas. Con su trompa agarraba enormes hojas verdes y se las llevaba hacia su boca. Juro que saboreé el momento con él. Bah, ella, que entre sus patas traseras escondía a un elefante bebé, Sam.

Con mi sensibilidad en su máximo esplendor no pude contener las lágrimas. Una pesada cadena ataba la pata de la elefante y cuando me acerqué comprendí que todo el espacio que tenían era ese lugar de cinco metros cuadrados. No tardó mucho en aparecer un señor que me invitó a darles de comer frutas. A su lado, una cajita improvisada aceptaba colaboraciones por permitirte el encuentro con los animales. Le agradecí pero me negué. Así como bajé inmediatamente de la moto para ir a verlos, igual de rápido me volví a subir para irme de ahí.

No vi uno solo, vi varios elefantes a lo largo de todo el camino. Muchos atados, en vidrieras “naturales”, otros andando con sillas y turistas encima. Sabía que esas cosas sucedían en todos lados, pero verlas en vivo me sirven para replantearme nuestro comportamiento como turistas y a costa de qué conseguimos esa foto que nos va a dar tantos likes en las redes sociales.

Unas semanas después de aquel día tuve mi revancha. Había averiguado un montón sobre turismo responsable y encontré un parque sumamente recomendado al norte de Tailandia donde a los elefantes se los rescata de circos o actividades negligentes, se los cuida y se los preserva. El parque inmenso te invita por una elevada

suma de dinero a pasar el día allí, te brindan comida vegetariana y *merchandising* mientras conocés a las estrellas del lugar. Cada animal tiene su historia y te la detallan a través de un recorrido de varias horas en grupo bajo el sol tailandés. Luego de un abundante almuerzo en el comedor comunitario nos pidieron que nos pusiéramos ropa *ensuciable* y nos invitaron a todos al río para “bañar a un elefante”. La actividad me hizo ruido, pero de todas formas me puse mi bikini y esperé en el agua turbia junto al resto del grupo y un tornado de mosquitos. A unos metros divisé a nuestro guía colaborando con el *mahout* —el “montador de elefantes”, en hindi— para traer a un elefante que se rehusaba a meterse al río a cumplir con nuestra actividad y caí en la cuenta de que una vez más estaba dentro de un show perverso disfrazado de santuario. Se me derrumbó el mundo de nuevo. Sin querer le estaba dando de comer al círculo vicioso de explotación animal, y aunque podía ser menos malo que otros, el conformismo no entraba en mi modo de ver la realidad en aquel momento.

Todavía sentía culpa cuando unas semanas más tarde un tailandés me dijo dos palabras que justifican miles de acciones alrededor del mundo sin importar cuán aberrantes sean: “Es cultural”. Inmediatamente sentí que mi energía estaba mal puesta y un aluvión de preguntas vinieron a mi cabeza. ¿Acaso tiene una alternativa la familia que nace en la extrema pobreza y usa al elefante como herramienta de trabajo?, ¿existe otra realidad para los nenes que les cargan cientos de kilos a las mulas en las montañas de Myanmar?, ¿qué haría yo en su lugar? Y cuando en mis viajes las preguntas empiezan a apabullarme, trato de respirar profundo y de buscar esas respuestas. Intento convencerme pensando que en realidad mi enojo es con el turista informado, el que viaja, el que cuenta con herramientas y aún así, pudiendo elegir, elige mal o decide no importarle; pero también me doy cuenta de que hay tantas personas en el mundo como perspectivas y puntos de vista. Y que el perro es mascota en Portugal y en

China lo comen con sal; que la vaca es sagrada en India y en Argentina se saborea con forma de milanesa; que si en Malasia la mujer muestra su cuerpo insinúa pero la turista puede andar en colales por el hotel, y que si yo estuviese muerta de hambre no sé si habría promesas que valgan al reino animal. Pero vuelvo a recordar mi posición privilegiada, tengo opciones. Elijo la vida que quiero vivir.

El niño monje

Cuatro contra tres. A veces dos más, a veces tres menos. No importa. La pelota gira de un lado hacia otro sobre una calle solitaria de la ciudad de Yangón en Myanmar; los jugadores descalzos no superan el metro cuarenta de altura y visten una cogulla de color vino tinto atada así nomás con el torso desnudo que delata varias picaduras de mosquitos. Alrededor, algunos balcones con barandas de hierro podrían servir de platea, pero nadie asoma. Los apartamentos se ven descuidados y mal pintados, las veredas rotas, aunque la calle de cemento gris donde rueda la pelota está lisa y sin inconvenientes. Hay un silencio absoluto, corrompido únicamente por las voces de los chicos; no parece que a dos cuadras está la avenida más transitada de la ciudad, con su tráfico y sus grúas continuamente trabajando. Las hojas de unas palmeras aisladas apenas se mueven, no corre una gota de aire. Son las tres de la tarde y hace calor —mucho— pero el entusiasmo que le meten me dice que el partido hay que ganarlo, y como los jugadores intercambian de equipo constantemente, entiendo que la ambición de la victoria es puramente personal.

El más pequeño corre desaforado, le suda la cabeza rapada al ras y se atreve a amagar a otros dos. Afuera hay varios que observan el encuentro esperando su turno y se burlan de los jugadores que quedaron en el camino, aplauden e intentan cazar moscas con sus manos al mismo tiempo. La jugada no termina en gol de casualidad, la pelota da de lleno en uno de los pequeños troncos que funcionan como

palos y sale disparada justo delante de mí. Me acerco al trote y en un intento por empatizar con los chicos levanto la pelota haciéndome la canchera e intentando hacer por lo menos dos jueguitos. La pelota se va para cualquier lado y yo tropiezo con una bolsa de basura, pero los nenes se ríen a carcajadas y en ese instante genuino supe que no habría presentación mejor.

El que vino a buscar la pelota es al parecer el más grande del grupo y fijando su mirada achinada en mí pide el cambio y uno entra a reemplazarlo. El partido sigue. Afuera, el nuevo suplente me estira la mano pequeña y al segundo elige chocarme los cinco. Tiene las piernas repletas de moretones, las orejas grandes y la boca pequeña. Le pregunto su nombre, me dice algo así como “Au Sang” y comienza a preguntarme en inglés cómo me llamo, de dónde soy —se emociona al saber que comparto la nacionalidad de Messi— y qué hago en Myanmar. Le cuesta entender que elija conocer un país cuartomundista teniendo tantas opciones y le explico que se trata un poco de eso, de ver todo lo que ofrece el mundo y también de encontrar lo bello en las cosas simples (y automáticamente pienso que estoy leyendo la frase de un sobre de azúcar en un bar porteño). Au Sang se queda un rato en silencio reflexivo, mirando el partido sin mirar.

—Acá somos todos huérfanos. No sabemos dónde están nuestros padres porque hay muchos que están combatiendo en el norte o tal vez no están más. No lo sé... —me explica y encoge los hombros. Yo trago saliva y se me hiela la sangre—. Pero acá los monjes nos cuidan, y cuando vienen turistas voluntarios al hogar nos enseñan inglés porque los monjes no saben. Aunque me confundo el *verb to be* —me dice tímidamente mientras se toca los dedos de los pies repletos de mugre y le festeja la jugada a un amigo.

Ingenuamente le pregunto qué quiere ser cuando sea grande.

—Monje —suspira resignado—. Voy a ser monje. Pero quiero ser jugador de fútbol de verdad.

En ese momento lo observo inquieto y después de unos segundos de silencio nervioso mira alrededor esperando que no haya nadie escuchando, como si estuviese por cometer un delito o decir una barbaridad y muy bajito me susurra:

—Quiero un pantalón de fútbol para que no se me caiga mas “esto”, unos botines para poder patear mejor la pelota y una camiseta.

—¡Pero hace mucho calor! —trato de descontracturar el ambiente con el corazón partido en dos.

—¡Esto no es calor! Puede ser peor... Pero igual yo solo la quiero para que diga mi nombre y la hinchada cante como le cantan a Messi —y agitando los brazos trigueños y delgados de preadolescente corea su nombre en un tono casi imperceptible.

Atrás aparece un señor de lentes que interrumpe el partido y les grita algo en birmano, interpreto que es la hora de comer o de hacer alguna actividad. Au Sang abre los ojos esperando no haber sido escuchado, ya que entre algunas de las tantas normas de los monjes budistas está el “renunciar a todo lo material”, y el solo hecho de haber soñado un rato le valdría algún castigo. Corre hacia el grupo que ingresa en fila por una gran puerta de madera y cuando se da cuenta de que ya no nos volveremos a ver, viene a chocarme los cinco de nuevo.

—¿Cómo terminó el partido? —consulto antes de irme.

—Creo que gané —me dice, y se va corriendo mientras la cogulla se le desata y queda al descubierto su cola.

Para volver

Una vez Catarina me dijo
que solo viajaba para volver a su hogar
y así experimentar una y otra vez
el oler de lo conocido,
el abrazo sentido,
la cotidianidad de los suyos,
y resignificar infinitamente
el cosquilleo del reencuentro.

El relato que te parió

Mi amiga Sori ha llegado a la Argentina y la felicidad me desborda los poros. Luego de hablar —con un tinto de por medio— durante horas acerca de nuestros últimos años de andanzas, me pide que un día la lleve a ver Buenos Aires. Un día no es suficiente, claro, pero debe irse a Rosario porque es guionista en una película que se filmará allí, y a mí no me queda otra opción que resolver el pedido de mi querida amiga acudiendo a mis recuerdos de aquel verano en que nos conocimos en Uruguay. Teníamos unos once años y uno de nuestros juegos recurrentes era mirar escenas de la vida cotidiana e imaginar desenlaces que iban desde el drama hasta lo más ridículo, después lo plasmábamos en alguna hoja con diálogos, dibujos, y si nuestras familias estaban dispuestas a ser los espectadores, improvisábamos disfraces y actuábamos para ellos en la playa de Atlántida. Diecisiete años después le ofrezco volver a jugar y no lo duda, así que agarramos un abrigo que nunca usaremos y salimos a tomar la línea B del subte porteño.

La calle Florida en la Ciudad de Buenos Aires se ha transformado en mi paisaje de base cuando tengo que hablar de mi ciudad. Podría describirse como una peatonal donde la gente va y viene de un lado hacia otro o un paisaje intrascendente con adoquines grises para los oficinistas que pasan apurados, pero yo la veo como el albergue de cientos de historias diarias que atraviesan como flechas si tan solo le dedicás un rato de tu atención. Siempre imagino una batidora en la que agrego como ingredientes personas que hablan en todos los idiomas, colectivos, bocinas y exclamaciones de venta.

El resultado es un cóctel tan ruidoso como característico. Y si ese cóctel tuviera aroma olería a frituras, medialunas matutinas, café con leche y sutiles fragancias internacionales. Sori camina a mi lado y concuerda conmigo, pero su risa me delata que es pura cortesía. Aunque me aclara que no sabe si compraría un cóctel de ese estilo, no niega que le da curiosidad. Yo, que no soy muy buena con las analogías, prefiero dejar de lado el rubro gastronómico y hago un segundo y último esfuerzo en ejemplificaciones que a mi amiga le van a sentar mejor. Sori me dice que le duelen un poco los pies y me señala con un movimiento de cabeza una fuente de cemento que no está en funcionamiento y que hoy cumple su rol como banco de descanso con una vista de ciento ochenta grados ideal. Nos dirigimos hacia allí, abro mi mochila y saco mi set de mate. Mientras acomodo la bombilla le pido a Sori que preste atención a su alrededor, que Buenos Aires estaba pasando delante de sus ojos.

Están ellos, los turistas, que leyeron en la *Lonely Planet* que deben visitar esta calle porque está en el casco histórico, porque en muchos locales aceptan dólares y porque es un buen lugar para hacer compras. Pero en cada turista hay un mundo. Una brasileña se prueba unos zapatos que no le gustan e intenta escapar del negocio donde un vendedor aparece con cuatro cajas más. Ofuscada, sale hacia la vereda al compás de sus grandes caderas y hace de cuenta de que no escucha, pero nunca pierde su sonrisa. En la esquina unos niños alemanes ponen los ojos redondos como platos al ver a la señora sin piernas que mendiga en la puerta de un local de comidas rápidas; los padres les dicen algo que no entendemos y mientras los arrastran de las manos, ellos se alejan mirando hacia atrás. En un semáforo una chica con acento británico le pregunta a un hombre de traje si puede ayudarla a encontrar una dirección, pero el señor está con el celular en la mano y sin siquiera escuchar ni mirar le dice “No, gracias”.

Como llevo años visitando esta peatonal, le ruego a mi amiga que no termine la historia y que expanda sus sentidos más que nunca. Allí vemos al vendedor de zapatos sentado en una silla del negocio frustrado, comentando que si no mejoran las ventas deberán cerrar el local; oímos a la mendiga diciéndole al empleado de Mc Donald's que limpia vidrios que no le importan las miradas ajenas y que por favor le guarde un poco de hamburguesa, que tiene hambre; y vemos al oficinista que unos metros después giró arrepentido por no escuchar a alguien que ya no estaba y quedó encogido de hombros revoloteando los ojos sin saber dónde buscar. De golpe cada persona pasó a ser un personaje y cada historia parió microrrelatos que se fueron multiplicando y desnudando a Buenos Aires ante los ojos de Sori. La observo y noto que escribe rápidamente en la contratapa de un cuaderno anillado: "Somos parte de un escenario repleto de vaivenes, pero la historia la hacemos nosotros. Somos actores. A veces seguimos ciertos guiones y otras tantas improvisamos nuestro papel para con los demás y con nosotros mismos también. Tenemos drama, comedia y tragedia; finales dulces, finales amargos. Tenemos una calle Florida que muestra mucho más de lo que podemos, o mejor dicho, queremos ver. ¿Te preguntaste cuál es tu papel?". Mi amiga Sori es guionista de cine, pero esta vez el guion se lo di yo.







La stalker

El departamento de mis amigos tiene una ubicación inmejorable. Queda a solo dos cuadras de La Rambla, por lo tanto tengo a disposición todo tipo de negocios, mercados y atracciones turísticas. Pero lo mejor que tiene es el balcón: un espacio de dos metros cuadrados con una silla de hierro blanca, tres macetas de barro con orquídeas amarillas y un cajón de madera que uso como mesa para apoyar el mate. Allí me instalo casi todas las mañanas en silencio a observar el movimiento del frente del edificio, y con el transcurso de los meses siento que ya conozco a todos los que pasan por allí frecuentemente: la señora cuarentona que habla en catalán a los gritos por teléfono, el pibe repleto de tatuajes que reparte volantes en la esquina, los gemelos que no superan el metro de altura y juegan a la pelota vestidos con el equipo completo del Barcelona, el kiosquero africano, la pareja que le hace saber al barrio que se ama de manera pasional, y el viejito Bernat. Sé su nombre porque todos lo conocen y lo saludan efusivamente y sé bastante de su vida porque un día decidí hacer foco en él, en sus conversaciones, en sus movimientos.

Bernat lleva siempre un gorrito beige y al parecer es muy amable, me di cuenta porque oigo siempre un "Gracias" o "Gràcies, Bernat". También sé que le gusta sentarse a mirar la gente pasar y la lluvia no es un problema para él, siempre tiene su paraguas azul a mano. Tiene una hija con la nariz respingada como él a la que nunca le faltan zapatos con taco que resuenan en cada baldosa; es alta, elegante y siempre lleva lentes de sol. Lo visita seguido pero al parecer no vive

cerca porque viene siempre en un costoso auto blanco que estaciona en dos maniobras frente a la casa de su padre. Además de quedarse varias horas con él, por lo general le trae comida que Bernat casi nunca quiere recibir hasta que acepta por cansancio. Es viudo, escuché varias veces a los vecinos hablar de ello pero no lamentando la muerte de su esposa, sobre la cual no tengo información alguna, sino celebrando la aparición de Rita.

Mi actividad matutina se fue llenando de interrogantes. Durante días di vueltas en la cama totalmente desvelada. ¿Quién era Rita? ¿Una enfermera? ¿Estará enfermo Bernat? ¿Por qué los vecinos hablaban de ella? Barajé posibilidades por doquier y preocupé por él como si fuera ese abuelo que nunca tuve. ¿Será eso que me tiene atada a Bernat? ¿Estoy extrañando demasiado a mi abuela? ¿O ese andar pausado me hace pensar en el paso del tiempo?

Es mi último día en Barcelona y mientras doblo cuidadosamente la ropa en mi mochila el viento primaveral que entra por la ventana trae consigo olores que avisan que es hora del desayuno. Creo que a modo de despedida amerita acompañar los mates en el balcón con los panes caseros del mercado de la esquina, así que me visto ridícula y salgo a la calle a buscarlos. Al cruzar la puerta una bocanada de aire frío logra abrir mis ojos que aún tienen lagañas. Inhalo, giro mi cabeza y me detengo en la pareja que camina a paso lento. Es Bernat acompañado por una mujer de unos setenta y largos. Él va de blanco, excepto por su saco amarronado y su gorro de siempre. Ella viste un jogging negro, una campera impermeable y zapatillas blancas, y en su mano, una botella de sidra, mientras él la abraza por los hombros con su brazo izquierdo. Juntos encajan perfectamente en una vereda despareja teñida de hojas. Irradian dulzura y serenidad mientras cada sonrisa de labios finos me habla de una satisfactoria revancha. Un poco agitados deciden sentarse en el banco de la plazoleta del barrio y descorchan la sidra ante la mirada de curiosas palomas que los observan brindar.

“Era hora, tantos años de malaria, pobre Bernat, Rita llegó para quedarse”, me dice un vecino que nunca había visto en mi vida y que observa la situación junto a mí. Asiento emocionada, porque Bernat no lo sabe pero yo sé cuánto esperó este momento; a esa sonrisa y esos ojos brillando no los había visto jamás desde mi balcón.

Bailar para vivir

“¡Un aplauso para Maggie, por favor!”, dice el músico con los pelos revueltos sobre el escenario de The Cavern Club. Debajo, una señora de unos setenta y cuatro años mueve sus manos de un lado hacia otro con sus ojos cerrados mientras suena “I Wanna Be Your Man”. Su vestido le ajusta la cintura, su pelo rubio batido con el detalle de un moño enorme se mantiene intacto, mientras ella mueve las caderas sin que le importen las miradas ni las decenas de celulares que la graban para subirla probablemente a alguna red social. Ella no está allí y tal vez por eso no quiera abrir los ojos y golpearse con la realidad.

En 1963 Maggie tenía veinte años. Sus piernas eran largas y flacas, el pelo dorado largo hasta la cintura y un lunar arriba de la boca hacía que su cara fuera difícil de olvidar. Amaba vestirse a la moda y usar botas, detestaba los paraguas y soñaba con ser bailarina. Le encantaba conversar, conocer gente nueva, hacer panqueques y tejer. La última navidad tejió bufandas para toda la familia y hasta barajaba algún día hacer de su hobby un negocio. Durante la semana trabajaba en un mercado de telas del centro de Liverpool y los fines de semana intentaba ayudar a sus tíos en la florería. No disfrutaba sus trabajos pero los necesitaba para ayudar a su madre, que luchaba cada mes con el pago del alquiler desde que su padre las había abandonado. Su madre fue su musa desde siempre. No solo la admiraba por sus habilidades para crear los peinados más extravagantes en la peluquería de su barrio sino también por haber formado parte de grupos activistas feministas desde que tenía memoria.

Cada fin de semana Maggie y sus amigas se juntaban a escuchar música mientras fumaban cigarrillos y conversaban con entusiasmo de actualidad, trabajos y parejas. Un día la puerta de la habitación se abrió de golpe y la madre de Maggie, abrochándose los zapatos apurada, les revoleó cuatro entradas. “Me las dio una clienta, son para un club que está no muy lejos, se llama The Cavern o algo así y toca una banda de chicos jovencitos como ustedes. Me tengo que ir, disfruten, no vuelvan tarde”, y cerró atolondrada. Las tres amigas rieron, agarraron los pases y corrieron al baño. Habían oído hablar de este club donde tocaban bandas y se bailaba rock and roll pero aún no lo habían visitado. Vestidas improvisadamente frente a un espejo se estiraron las pestañas con rímel negro y se retocaron el labial. A la hora ya estaban bailando y sudando al ritmo de una banda llamada The Beatles. Al día siguiente, Maggie ya no era la misma.

Las noches en The Cavern Club se repitieron una y otra vez. El último año los ahorros de Maggie se desparramaron allí, fanatizada con la banda de los cuatro jóvenes salidos de su ciudad sin dejar de reprocharse por no haberlos conocido antes. Hablaba con sus amigas todos los días intentando encontrar una conexión de parientes o conocidos que las pudieran hacer llegar hasta ellos pero no, no se le ocurría cómo. Entonces se consolaba con ir a cada uno de sus shows, pero a diferencia de las demás chicas de su edad, que se hundían en un grito ensordecedor, ella bailaba, los miraba fijo en silencio pese a saber cada una de sus canciones, y cuando coincidían miradas se le erizaba la piel y se le aceleraba el corazón. Creía que estos sentimientos adolescentes pasarían pronto, aunque semana tras semana aquello que sentía y no sabía explicar se intensificaba y así cambió la colección de estampillas por recortes de diarios que tenían sus caras.

El 3 de agosto de 1963 caía la tarde en Liverpool y antes de salir de su casa Maggie seleccionó cuidadosamente su mejor vestido. Se trataba de uno negro con lunares azules que le marcaba la figura y

lo acompañó con unos zapatos de charol con taco bajo que tenían la suela gastada de tanto bailar. Su madre le batió su pelo grueso, le hizo un peinado semirrecogido, le tiró spray y agarrándola de los cachetes le aseguró: “Estás deslumbrante”. Maggie se mordió los labios haciendo alusión a la exageración de su madre y con mucha delicadeza se delineó los ojos en profundidad. Había tenido suerte. Una de sus amigas consiguió los tickets para el show de The Beatles que se habían agotado en menos de treinta minutos. Se miró una vez más en el espejo de su habitación y besó a su madre en la frente mientras esta ya dormitaba mirando la televisión en el sillón. Creyó que sería una noche como las otras; no sabía que sería la última vez que vería en vivo a la banda que le quitaba el sueño en ese escenario donde imaginaba que solo tocaban para ella.

Al compás de su música favorita a Maggie se le fue pasando la vida. Sus amigas se fueron mudando de ciudad y las excusas y los desencuentros las fueron alejando; pasaron algunos novios por su vida de los que hasta olvidó su nombre, pero todo detonó cuando su madre, su más confidente compañera, partió luego de una larga enfermedad. Maggie sintió que su mundo había terminado, no cabía en su cuerpo tanta tristeza, y por primera vez en la vida estaba experimentando la soledad. Bajo una gran dosis de pastillas diarias siempre intentaba mostrarse entera delante de sus conocidos; fingía felicidad y esperanza, o al menos jugaba a convencerse de ellas. Sin embargo, cada noche antes de acostarse Maggie subía al altillo de su casa donde conservaba un armario con ropa de sus años dorados. Melancólica, acariciaba cada prenda, sentía su aroma impregnado intentando trasladarse, recordando personas y momentos. Con los ojos cerrados, sonreía y suspiraba. Luego ojeaba discos polvorientos y seleccionaba un long play de The Beatles por semana, se sentaba frente a su máquina de coser y les agregaba retazos de telas a aquellas prendas que ya no le entraban para poder usarlas igual.

Todos la conocen. Hace más de veinte años que va cada noche a The Cavern aun sabiendo que ya no es el de su juventud. El bar se remodeló y cambió de lugar pero a ella no le importa. Para ella se ve igual y durante al menos una hora baila como si nadie la estuviera viendo. Aún puede sentir el olor a sudor de la gente amontonada en la pista, puede recordar cuando Paul pasó la mano por su cintura dándole lugar hasta la barra, escucha los chistes entre Ringo y John en el escenario y hasta puede ver la tímida mirada de George concentrado en sus acordes. Se toca el rodete, se asegura de que siga intacto y se alivia. El spray de su mamá sigue funcionando. Maggie se quedó en esa noche para siempre y esa noche se quedó para siempre en Maggie.

Douleur

El Puente de las Artes de París alberga miles de candados colgados por parejas que se prometen amor eterno. Mientras camino sobre él pienso cómo se les habrá ocurrido asociar un candado a un vínculo de amor sano pero, por más que lo intento, no lo puedo descifrar. A lo lejos veo otros puentes celosos que cruzan el río Sena y a los que casi nadie les presta atención y me pregunto si ellos también albergarán historias que mueren allí sin dejar rastro ni ser fotografiadas. El otoño parisino me va helando los pies y al llegar al Puente Nuevo una servilleta de papel se tropieza con mis borcegos negros. La desdoblo, veo algo escrito en tinta oscura y leo.

Duelen los besos que no voy a darte
Esos que van a morir secos en mi boca
Junto a todos los versos de amor
Que nunca serán recitados

Duele mi mano sin la tuya
Mi cuerpo sin tu cuerpo
Esperando calor
Rogando cariño, mendigando caricias

Duele tanto el corazón que se apaga
Y una vez apagado ya no sé
Y vos tampoco
El nosotros será pasado
Y el futuro será incierto.

Me guardo la servilleta en el bolsillo de mi campera, y así sin querer estiro la agonía de un amor o lo revivo a escondidas en un puente de los tantos que cruzan París.

¿Te puedo acompañar?

Praga hasta ahora se ve gris, muy apagada, nada que ver con las fotos que había visto antes de venir en las que asomaban castillos entre jardines verdes repletos de flores. Cada vez que cruzo el emblemático Puente Carlos que une la vieja ciudad con la parte nueva, solo distingo tenebrosas esculturas de santos a mi alrededor gracias a la niebla que no desaparece. Debajo, el río Moldava parece el Riachuelo pero el camino que me conduce hasta acá tiene su encanto. Unas calles angostas con autos antiguos, casas con colores celeste y rosa pastel, y unas tiendas bohemias que venden las típicas marionetas checas que no termino de descifrar si me gustan o si me dan un poco de miedo. Compro un cafecito de máquina que sabe a cualquier cosa menos a café, pero cumple su objetivo de ayudarme a tolerar los pocos grados de temperatura con los que me sorprendió esta ciudad. Frente a mí hay una pared grafitada con aerosoles de colores vibrantes; según Google Maps este rincón que acabo de descubrir se llama “John Lennon Wall”. Bingo. Mi corazón fanático me aprueba el paisaje para mi pausa matutina.

Al parecer este lugar es más conocido de lo que pensaba porque decenas de turistas vienen guiados por el mapa que llevan en la mano y se sacan fotos con los mensajes de la pared. Googleo la historia y me entero de que esta pared fue un lugar de expresión desde hace más de sesenta años pero después del asesinato de Lennon todo se intensificó y se transformó en un dolor de cabeza para el régimen comunista. Muchos jóvenes venían a grafitear su descontento con

el sistema, y las autoridades, además de tildarlos de trastornados y agentes del capitalismo occidental, tapaban sus quejas. A la mañana siguiente, despertaban otra vez con la pared llena de poemas y flores. Ahora hay de todo. Son varios metros de pintura sobre pintura, sectores psicodélicos, llamados de paz en diferentes idiomas, fragmentos de canciones, y *stencils* con la cara de John. Parece que la pared que mezcla amarillo y fucsia es la favorita para sacarse fotos que mienten ser casuales y mientras veo desfilar poses, me entretengo observando cómo el viento hace bailar polleras y cabellos.

Mis oídos escuchan los acordes de una guitarra un poco desafinada y lo veo. Es un señor de unos setenta y pico de años que toca moviéndose de un lado a otro. Lleva unos pantalones Oxford y unas botas texanas. A su lado, una cajita de madera junto a la funda de su instrumento indica que las colaboraciones son bienvenidas, pero me atrapa el motivo: "Quiero arreglar mi máquina del tiempo para poder volver a mis queridos 60", asegura en una letra desprolija escrita por un marcador negro. Sus manos tiemblan un poco pero no pierde su estilo rockero; su voz es rasposa y cuando lo veo encender su segundo cigarrillo en una pausa entiendo por qué. El repertorio va desde Clapton hasta los Rolling Stones, pasa por Creedence, Janis Joplin, Bob Dylan y por supuesto por los cuatro de Liverpool para hacer honores a la pared que está atrás.

Unos minutos me alcanzan. Me acerco y le regalo las monedas que me dio de vuelto la máquina de café. Me quedo mirándolo y me atrevo a pedirle "Me and Bobby McGee" de Janis. Él asiente, me pregunta de dónde soy y como si se tratase de un recital en un gran estadio, exclama: "This song is for all the people from Argentina". El "Argentina" suena a "Arsshheen tin ee" pero me parece un gesto tan dulce que yo ahora soy su fan número uno.

Mientras los pajaritos revolotean entre los cables de la luz, dos chicas se besan apasionadamente para una *selfie* y unos padres son

víctimas de los caprichos de su hija que no quiere caminar más, mi mundo se detiene. Él canta con los ojos cerrados, y en sus movimientos suaves deja entrever un disfrute magnífico y entusiasta. Me dejo envolver por los sonidos y abrazar por las melodías; los colores se fusionan con las notas y trepan sin pedir permiso. Ahora mismo Praga no me parece tan gris; no percibo la niebla ni me acuerdo de frotarme las manos del frío. Ahora Praga brilla. Al terminar, los pocos presentes aplaudimos y él agradece saludando como una estrella de rock. Es tiempo de irse pero yo tengo un último pedido, así que me desvisto de vergüenza, me acerco y le pregunto su nombre: “Dave”, me contesta. “Primero que nada, gracias por la canción. Tengo que irme pero quisiera pedirle algo: cuando arregle su máquina y si tiene lugar, ¿podría llevarme con usted? Acá le dejo mi contacto.” Dave ríe a carcajadas y me levanta el pulgar. Al instante agarra su cartel, tacha el “quiero” y el “mis” y los cambia por “queremos” y “nuestros”, me guiña un ojo y pasa a la siguiente canción.

Oda a la tortilla

Cuadraditos sin color que esperan en la mesada
Al costado una cebolla perfectamente cortada
Los huevos que se batan con total dedicación
Y la sal que acompaña esta perfecta fusión.

La sartén está en el fuego
Se acelera el corazón
El aceite ruge ardiente
Y todo toma color.

La papa se ablanda
Se pone crujiente
El huevo endurece
Y queda candente.

Ahí estás, ya te veo
Redonda como la luna
Brillando y esperando
Sabrosa como ninguna.

Amarillenta, un poco tostada
Áspera y condimentada
Ya con verte me doy cuenta
De que no necesito más nada.

Te corto con cuidado
Te llevo a mi boca
Con solo sentir tu aroma
Asumo que estás deliciosa.

No sé a quién darle las gracias
Por esta bella combinación
Pero la tortilla debería
Ser patrimonio de esta nación.

El cielo es un barrio

Son las tres de la mañana y lo único que ilumina la habitación es la luz de la luna que entra por una ventana muy diminuta. Elijo romper el silencio y aprieto el botón de “aleatorio” de mi reproductor de música, que selecciona una canción de Foo Fighters: “The sky is a neighborhood, so keep it down, heart is a storybook, A star burned out”²... suena de fondo mientras nosotros seguimos, al igual que todas las noches, contemplando el cielo, esperando una señal que nos lleve a eso que vinimos a buscar: auroras boreales al norte de Noruega. Agus mira en todas las direcciones, parece un niño esperando a Papá Noel y me consulta si eso que se ve ahí no es un poco verdoso. Pero es una nube, así que niego con mi cabeza temiendo romper su ilusión y empiezo a percibir cierta ansiedad. ¿Si nos vinimos hasta acá y no las vemos? ¿Si el clima simplemente no acompaña? Llegamos a este pueblo diminuto de 2.200 habitantes rodeado de bosques, lagos frizados y espesa nieve después de dos trenes, tres buses y un cuatriciclo —real— solo por ellas, y el deseo pasó a ser una obsesión.

“The sky is a neighborhood, don’t make a sound, lights coming up ahead, don’t look now”,³ cantamos bajito para no despertar al dueño de casa y mis ojos se abren conforme a mi boca. Sin decir palabra le señalo

² “El cielo es un vecindario, así que manténlo abajo. El corazón es un libro de cuentos, una estrella incendiada”.

³ “El cielo es un vecindario, mantente en silencio. Las luces se acercan, no mires ahora.”

la ventana a Agus, que está de espalda y ahora gira despacio, o eso me parece porque todo empieza a suceder en cámara lenta. El cielo va cambiando de color, Agus me sonríe inaudito y bajamos las escaleras con el celular en la mano, botas de lluvia para hundirnos en la nieve y camperas que resisten los menos diez grados que dice el termómetro.

“Oh, my dear, heaven is a big band now gotta get to sleep somehow bangin’ on the ceiling, bangin’ on the ceiling keep it down”,⁴ nos dice Dave Grohl, pero lo último que podríamos hacer ahora es cerrar los ojos cuando el más lindo de los espectáculos se da en el cielo.

Tomo a Agus de la mano y levantamos la cabeza a admirar el show de danza. Unas luces verdes se unen a otras engrosando una línea uniforme que baila para nosotros. A ella se le suman otras y en segundos se expanden y se encogen, giran para un lado y hacia otro con tonos que van en degradé desde verdes fluorescentes hasta violetas enérgicos. Nos miramos y lloramos. Ni que lo hubiésemos planeado, es inmediato y no encontramos palabras. Intentamos capturar algo de eso que vemos con nuestro teléfono celular pero los esfuerzos son en vano, el lente no captura ni un tercio de esa función. “Mind is a battlefield, all hope is gone, trouble to the right and left, whose side you’re on?”⁵ Lo entendemos como una señal y dejamos el teléfono de lado. Ese momento es nuestro, ese regalo es para nosotros. Somos un par de personas ínfimas bajo ese cielo de colores; somos jurados de un concurso en el que ellas se deslizan y compiten por ver cuál es la más bella. Termina la exhibición del universo, finalmente después de varios días de espera nuestras retinas se llevan consigo el souvenir buscado. *The sky is a neighborhood.*

⁴ “Oh, querida mía, el cielo es un big bang ahora. Debo ir a dormir de alguna forma golpeando al techo, golpeando al techo. Mantenlo abajo.”

⁵ “La mente es un campo de batalla, toda esperanza se ha perdido. Problemas a la derecha y a la izquierda. ¿De qué lado estás?”

Ole

Cada vez que me preguntan por mi viaje a Noruega suelo hacer hincapié en tres puntos:

1. Que las auroras boreales fueron una de las vivencias más inesperadas e increíbles que viví en la vida.
2. Que no tuve tanto frío como creí que tendría porque el clima es seco y no hay humedad.
3. Que en Noruega vive Ole, un personaje sin igual.

Habíamos contactado con él cuando aún faltaban dos meses para pisar el país escandinavo. Era tanta la expectativa que necesitábamos asegurarnos alojamiento para ver en primera fila las luces mágicas que nos regalaría el cielo. En su perfil, además de tener referencias de montones de viajeros, Ole contaba que vivía extremadamente al norte en una casita al lado de un bosque. Googleamos. Era un punto ínfimo en el globo terráqueo. Nos miramos fascinados y le enviamos una solicitud. En menos de diez minutos nos aceptó y nos mandó un mensaje: “Hola! Qué alegría recibir a otros argentinos!! Se viene mi cumpleaños número 40 y ustedes estarán aquí. Podemos empezar a armar una lista de música para el festejo”, nos anticipó y comenzó a agregar canciones a una lista de YouTube. Durante los siguientes sesenta días de espera nos envió videos motivacionales de la nieve cayendo a través de su ventana, de su gato anaranjado Anton y otros de él tomando mate. En aquel remoto rincón del mundo no había más de 2.500 habitantes pero sí un minimercado paquistaní que vendía yerba.

Llegamos a Melbu después de veinticuatro horas alternando trenes, ferris y buses. Nos bajamos en la mitad de una ruta oscurísima mientras llovía y nuestros pies con zapatillas de lona se enterraron en la nieve. Ahí nos estaba esperando Ole con un piloto amarillo y una luz atada en la frente. La incomodidad del clima nos apuró, así que sin mediar muchas palabras agarró mi mochila y la revoleó en un tráiler donde había dos butacas que parecían sacadas de un estadio de fútbol. Con movimientos toscos de lungo se subió al cuatriciclo y nos hizo un gesto para que nos subiéramos al tráiler nosotros también. Con Agus nos mirábamos mientras nos sacudíamos en el último transporte que nos llevaría a nuestro nuevo hogar por una semana.

Entrar a la casita de Ole fue como entrar a un museo bizarro. Era chiquita y llena de objetos extraños. Desde botellas, lupas, carteles, hasta sombreros y relojes acomodados en bibliotecas y estantes de madera. En el living un fuego esperaba para secar toda nuestra ropa empapada y para hacernos apreciar aún mejor, con una taza de té, los copitos de nieve que caían afuera. La entrada de la casa tenía un detector molesto que hacía ruido ante cada movimiento, como los Seven Eleven del sudeste asiático. Había un hall donde se dejaban las botas de goma mojadas, una cocina diminuta pero que cumplía su función, un baño enorme con luces de colores que parecía un boliche y dos habitaciones con unos colchones en el piso y montones de frazadas. “No me pregunten nada, agarren y hagan lo que quieran”, nos dijo de entrada Ole, y así fue. Acto seguido revolvió entre unos papeles y sacó unos cuantos con logos, una bandera y un escrito en lengua nórdica. Con un sellito mojado en tinta azul, muy serio nos dijo: “Inventé mi propio país, así que bienvenidos. Si quieren, les sello el pasaporte”. Agus le alcanzó el suyo, y yo elegí reírme mientras intentaba descifrar la delgada línea de la cordura.

Ole era un ermitaño, solo salía de su casa para ir a visitar a su madre, que hacía varios años padecía Alzheimer y vivía en un asilo a

pocos kilómetros de su hogar. Nos contó que tenía una hija después de que le preguntara por la nena tierna de vestido violeta que aparecía en un portarretrato. Me dijo que tenía nueve años, que quería ser pintora y nos señaló en la pared un dibujo de un lobo pintado con crayones rojos y naranjas. Mientras contemplábamos las grandiosas aptitudes de su hija, sacó un álbum de fotos de un cajón y nos compartió momentos con ella durante su última visita, hacía un año. Eran fotos en el bosque nevado haciendo angelitos, jugando, riendo. No profundizó mucho más en el tema, nosotros tampoco preguntamos.

Alto, flaco, con el pelo castaño y llovido pasando la oreja, ojos celestes saltones y nariz puntiaguda. Siempre vestía unos pantalones rayados que podrían ser pijamas y una camiseta de manga larga celeste. Si no llevaba puesto eso, alternaba disfraces. Solía vestirse de oficial y pararse en la ruta haciéndoles creer a los autos que los andaba controlando; los conductores bajaban la velocidad inmediatamente y lo saludaban cohibidos. Él respondía con la mano en la cabeza. Con poco se entretenía. Una noche nos pidió disfrazarnos de marineros y filmarnos haciendo un sketch. Se trataba de una entrevista hablando sobre un submarino. Le seguimos el juego e improvisamos un diálogo ridículo que a él le divirtió muchísimo y que a nosotros al día de hoy no le encontramos sentido alguno. Otro de los momentos más comunes con Ole era el debate sobre teorías conspirativas o misterios de la humanidad. “Saben que la Tierra es plana, ¿no?”, fue una de sus primeras preguntas que luego intentó justificar mediante videos de internet. La primera discusión fue un poco incómoda porque no importaba lo que dijéramos, él ya estaba abriendo una nueva pestaña en la computadora para defenderse. Pero con el paso de los días y nuevas temáticas como la existencia de gigantes, la mala fama adjudicada a Donald Trump y que la lluvia estaba dirigida por compañías internacionales, comprendimos que era más llevadero asombrarse y asentir. Antes de dormir, siempre charlábamos con Agus sobre esa sensación

compartida de nunca saber hasta dónde todo era real y hasta dónde fantasía. Ole, esa casa, las auroras boreales.

Llegó el día de su cumpleaños y Ole acomodó las fotos de su hija en escalera en la pared. Le pregunté si venía, y cabizbajo me dijo que no, que vivía en otra ciudad con su mamá. Le palmeé la espalda y antes de inundar el ambiente de melancolía le dije a Agus que fuéramos al supermercado. Asintió y salimos. Caminamos varios kilómetros atravesando una ruta desierta y patinosa. Estaba cubierta por una fina capa de hielo y detrás las montañas se iban volviendo más oscuras mientras la luz del día desaparecía a eso de las tres de la tarde. Descifrando etiquetas en noruego, nos abastecimos de algunos productos para preparar una torta y regresamos con linterna en mano. Al igual que durante el resto del día, Ole estaba sentado en el sillón al lado del teléfono. En un par de ocasiones lo vimos con herramientas revisándolo, chequeando que funcionase, porque aquel día no podía fallar. Mientras tanto, nosotros en la cocina fabricamos una torta de chocolate bastante digna para cuando llegasen los invitados y luego nos fuimos a dormir una siesta.

Dos horas después sonó el timbre. Nunca lo habíamos oído antes. Era un sonido nuevo en un ambiente calmo y apacible. Nos asomamos por la escalera y escuchamos voces nuevas. Nos cambiamos y bajamos. Enseguida Ole nos introdujo. “Ella es la chica que cuida a mi madre en el geriátrico, él es su novio, nunca lo había visto, je; y él también trabaja en el geriátrico. Lo conocí hoy y lo invité”, nos dijo ante la risa nerviosa de los presentes. Estrechamos las manos y nos sentamos todos entre las sillas y los sillones. Un silencio incomodísimo invadió el living y Anton apareció maullando para salvarnos. Ante la presencia del gato, todos se dispersaron y nosotros aprovechamos para ir a preparar mate como salvavidas. Lo que siguió de la tarde no fue mucho mejor, nadie más llegaba, los tres invitados hablaban entre ellos en su idioma y Ole los seguía con la mirada

haciendo alguna que otra acotación. La rubia chequeaba la hora en el teléfono cada dos minutos y su novio festejaba todos los chistes del otro muchacho de manera exagerada. Nosotros estábamos un poco irritados pero ofrecimos mate para distender. Miraron con un poco de cara de asco la bombilla compartida y dijeron que no, que estaban bien. Ole lo pidió y dio su *speech*: "Pero es un increíble antioxidante, tiene vitaminas, minerales y además te da energ...", "No, gracias", fulminó la rubia sin siquiera sacar la vista de su teléfono celular. Mientras tanto, el tiempo no pasaba. Fueron los sesenta minutos más largos de la historia hasta que volvió a hacerse un intenso silencio y el pibe del geriátrico sacó unas llaves de su bolsillo y dijo que tenía ir a encontrarse con un amigo. Los novios cruzaron miradas y recordaron que tenían otros planes impostergables. Saludaron desde lejos esfumándose por la puerta de entrada y otra vez estábamos los tres solos en la casa. "¡La torta!", recordé tarde. "¡Nos olvidamos!" Y fui corriendo hasta la heladera para traerla a la mesa ratona del living. Ole nos falsificó la mejor de sus sonrisas cuando le cantamos en español el "Feliz cumpleaños" a la luz de las velitas. "Pedí un deseo", le exigí inquieta. "¿Por qué?", me preguntó extrañado. "¡Porque es la tradición!", acoté un poco tímida y por lo bajo le consulté a Agus: "¿Acá no la tienen?". Ole miró hipnotizado la llama y sopló.

En invierno, en Noruega, perdés la noción del tiempo. Los días son tan cortos que se te mezclan los amaneceres con los atardeceres en un pestañeo, así que muchas veces a las ocho de la noche ya estábamos metidos bajo diez frazadas mirando una serie en Netflix. Esa noche no sería la excepción, y mientras repasábamos los momentos bizarros acontecidos ese día, sonó el teléfono. Sonó una sola vez. No hubo ni un segundo de espera. Enseguida escuchamos en un idioma impronunciable un tono de voz infantil y exagerado; definitivamente le hablaba a un niño. Aliviados, cerramos nuestra puerta para darle más privacidad a una escalera de distancia.

Al día siguiente nos despertamos con mate listo y la velita apagada en una de las porciones de torta. “God Morgen!”, saludó contento Ole, que apareció esta vez con un atuendo de payaso repleto de parches de colores. Aún nos estábamos sacando las lagañas de la cara cuando buscó su teléfono y nos mostró entusiasmado las fotos de unos alces que habían husmeado en su jardín durante la mañana. Se maravillaba con las visitas repentinas de animales y al cierre de cada estación editaba un video recopilatorio. Ya un poco más despiertos aprovechamos para contarle sobre las auroras boreales que habíamos visto la noche anterior. Lo que para nosotros había sido un espectáculo cósmico, para los locales era moneda corriente y la capacidad de asombro tenía una vara muy alta. Pero, para nuestra sorpresa, en vez de empezar a quitarnos la magia con sus teorías vinculadas a los campos electromagnéticos, se alegró de que al fin habíamos podido apreciar después de tanto esperarlas y aprovechó para mostrarnos unas revistas con imágenes increíbles de cielos verdosos. “¿Cómo era el ‘Feliz cumpleaños’ en español? ¿Lo cantan de nuevo?”, pidió de repente sin contexto y con aires de revancha. Nos reímos por la interrupción del momento y comenzamos: “Queeee los cuuuumplaaaas feeeeeeliiiiz...”. Mientras entonamos divertidos, encendimos nuevamente la velita más cara de la historia. Ole esta vez nos miró, nos sonrió mostrando sus dientes y antes de soplar nos agradeció por la compañía, por la torta y por nuestra rara tradición.

Nápoles, Maradona y mi viejo

Saboreando por primera vez una porción de *frittata* observé el caos a mi alrededor. Las bocinas, los gritos, los gestos exagerados. Definitivamente estaba en el sur de Italia. No tengo ni tuve abuelos inmigrantes provenientes de aquellos pagos y los domingos de pasta en mi casa no eran tradición, sin embargo, me sentí familiarizada con el contexto. En aquel instante, tuve un *déjà vu* y me trasladé.

Cada 25 de diciembre al mediodía, mientras preparábamos en familia la mesa para comer las sobras de nochebuena, mi papá buscaba en su biblioteca de madera su video favorito, el único que no acumulaba polvo. Era un *vhs* que recorría la historia de Diego Armando Maradona en el Napoli, y más allá de que él era un enamorado de su fútbol, enloquecía con este documental porque hacía hincapié en la devoción irracional que le regalaban los hinchas. En esa ciudad sureña y pobre de Italia lo idolatran como a un dios, el que había llegado para vengarse del rival, el poderoso y rico del norte. Cada minuto que pasaba, mi papá nos señalaba en la televisión escenas, analizaba el fenómeno como si fuese un sociólogo experimentado, “están dementes”, insistía; si no estábamos prestando atención, rebobinaba para que no nos perdiéramos detalle, y aunque probablemente con los años me supiese los comentarios de memoria, no me importaba. Sabía que siempre coronaría la jornada con una canción que se pegaba como chicle: “O mama, mama, mama, ¿sai perché mi batte il corazon, ho visto Maradona, ho visto Maradona...”. Mi papá era más bien un tipo reservado y tímido, pero conmigo era un payaso y yo me aprovechaba

de eso. La canción con los años fue mutando en coreografía y hasta le agregamos un final de aquadance con un chapuzón en la pileta: “eh, mamma’, innamorato son!”. Splash. Los dos de bomba. “¿La hacemos de nuevo, pa? ¡Tenemos que saltar exactamente al mismo tiempo!”

Hoy recorro las calles que vi en video hace más de veinte años. Los tanos siguen alabando al diez y dedicándole santuarios en casas y bares. Las paredes llevan pintado su rostro, al igual que las banderas que cuelgan de los balcones, y hasta decir su nombre te puede salvar de un asalto en las angostas calles del Quartieri Spagnoli. Frente a un gran mural que lo homenaja, tarareo aquella canción porque me es inevitable el recuerdo y enseguida se me suman otros con aplausos y fervor. Estoy tan contenta como emocionada porque sé que hoy mi felicidad es más suya que mía, y si pudiese rebobinar el tiempo como aquel vhs, le pediría a mi papá que aguante un cachito para cantarla una vez más.

(DES) conexión

Capri, Italia. Observa y contempla sabia, respira profundo y unta sus brazos arrugados con protector solar. Como si el vicio de permanecer horas bajo el sol no fuera suficiente, le da una pitada a un cigarrillo y le acota a su amiga.

—Mirta, mira a esos dos. Ahí atrás de la sombrilla, ¿los ves? La rubiecita y el chico de anteojos. Los que están en el banquito.

—Los veo.

—No se miran, no conversan, no se toman de la mano...

—Son de otra generación, Renatta, ahora se hablan por el telefonito.

—¿Pero qué pavada es esa? ¿Acaso pueden sentir el perfume del otro por ahí? ¿Pueden sentirse el corazón acelerado antes de un beso? El poder de la caricia poniéndote los pelos de punta... A mí no me vengas con el discurso. La conexión los está desconectando —sentenció Renatta y miró al sol.

Mal viaje

María no cruzó Abbey Road porque escucha heavy metal y solo conoce a Lennon por un documental de la CIA.

Pablo pasó horas y horas disfrazado de un personaje de *Star Wars* frente al Louvre recibiendo monedas y tomándose fotos con turistas, nunca entró al museo y aunque recibiera cientos de euros diarios no lo haría. Nada le interesa menos que el arte, la plata que junta es para abrir un bar.

Alberto elige quedarse mirando televisión en el hotel porque está exhausto y no siente nada de culpa cuando mira por la ventana a cientos de turistas incinerarse bajo el sol en una playa de Sídney.

Yo hago el ejercicio diario de elegir con convicción e interés mis actividades en un lugar y no caer en trampas de listados de revistas; y confieso que hay días en los que quiero viajar a otro lado, y ese otro lado no queda en ningún lugar.

Joder, que te extraño, tía

—Perdón por la demora. El tráfico estaba fatal, no entiendo qué pasó... —comenté acelerada mientras me quitaba los lentes de sol y colgaba mi cartera en la silla del bar.

—Pasó que es viernes, todo el mundo sale disparado de sus trabajos, pero no te hagas problema, tía, ya estamos aquí y yo recién he llegado —mintió ella.

—Uff. ¿Hace un poco de calor o me parece? —ironicé al verme la remera delatando mi transpiración.

—Demasiado. ¿Dónde se han visto estos calores por aquí en pleno octubre? Me tomé el atrevimiento de cambiar el café por unas cervezas, ¿vale?

—Nunca estuve tan de acuerdo. Bueno, ahora sí. Hay algo de lo que quería hablarte en el mientras tanto —junté mis palmas y me puse seria. Un silencio denso inundó la mesa por unos segundos.

—¿Pasó algo? ¿Están todos bien? Me asustas...

—¡Calma! —me adelanté—. No tengas miedo, de hecho me parece honesto de mi parte pedirte que prepares unos pañuelos.

—Sabes que siempre los llevo conmigo pero no me has contestado... ¿Ha pasado algo? ¿¡Estás embarazada!?! —exclamó.

—¡¡Nooooo!! Nada de eso —tragué saliva.

—Su cerveza, señoritas —dijo la moza al colocar dos pintas rubias sobre los posavasos de corcho.

—Muchas gracias —dijimos al unísono.

—¡Pero qué tanto misterio! Me tienes preocupa...

—¿Recuerdas la noche que nos conocimos? —interrumpí clavándole los ojos—. Yo estaba ansiosa y admito que bastante expectante. Todo el mundo me había hablado de vos y los comentarios buenos realmente opacaban a los malos. Que brillabas, que eras divertida, ordenada en tu desorden —y sí que lo sos—, valiente, luchadora e independiente. Te estarás preguntando sobre los malos... por eso te comes las uñas, ya veo.

—Sí que me conoces...

—Por ejemplo, me habían dicho, y he comprobado, que gritas, no hablas.

—¡Vaya descaró! ¡¡¡Pues que yo no gri...!!!

—¡Lo estás haciendo y aún así te quiero! Déjame continuar que tengo el casete encendido y no quiero perder el hilo.

Asintió sonriendo en silencio.

—Aquella primera noche te noté distante y demasiado calma. Me fui a dormir un poco desilusionada aunque supe que sería cuestión de días el cambiar de opinión, ¿y sabes qué? Todavía recuerdo esa primera vez que te vi deslumbrando bajo el sol. Me reconociste y ya sin timidez me invitaste a compartir unas papas bravas mientras aparecían las primeras estrellas de la noche. ¿Recuerdas cómo nos divertimos? Reímos sin parar de aquel tipo con barba candado que cantaba una canción de Estopa con su voz aguda y sin ritmo...

—¿Cómo olvidarlo? Era espantoso, no sé cómo no cerraron el bar. Lo mejor fue después. ¿Adónde nos habíamos ido?

—¡A la playa! Y me dijiste que acá no importaban los estereotipos y que podía caminar sin corpiño, que me tomara la libertad.

—Y sí que te lo has tomado a pecho —dijo sarcásticamente y me señalaba los pezones que se traslucían tras la musculosa blanca.

—¡Tu culpa!

—No lo niego —se hizo cargo levantando las dos manos.

—Esa noche en la playa me quedé observándote. Te hacías querer

con gestos mínimos. Supe lo divertida que te ponías a la hora de bailar, lo atrevida que eras por meterte en conversaciones ajenas a debatir sobre política, lo amistosa y cálida, logrando que todo aquel que tratase con vos se sintiese cómodo.

—Me estoy sonrojando —dijo y se apuró a beber un trago.

—Por primera vez en mucho tiempo sentí que el tiempo se había detenido y que había logrado conectar con el aquí y con el ahora; que había logrado conectar con vos. Conocí tu mundo, miré a través de tus ojos y me gustó todo aquello que vi, todo aquello que sentí.

—Entonces no te...

—Me hablaron de vos pero nadie me advirtió sobre este apego —continué acelerada, evitando la interrupción—. Ahora tengo que partir y...

—No quieres.

—Peor que eso, se me estruja el corazón —lamenté entrecortando mis palabras y bajé la mirada.

—Te tiemblan las manos —señaló y luego las tomó encerrándolas en las suyas.

—Me duele el estómago y no puedo dormir. No se lo deseo a nadie... Por eso, Barcelona, y perdón que me ponga cursi, quería darte las gracias por recibirme, contagiarme tu encanto, hacerme sentir libre y prometerme que te quedarás en mi vida para siempre. Y gracias por el pañuelo que robé de tu cartera, es que yo también lloro de felicidad, ¿sabes?

Insha'Allah

Un frío seco me golpeó la cara al bajar del bus en Erg Chebbi, al este de Marruecos. Eran las cinco de la mañana y solo podía reconocer un cielo repleto de estrellas. A mi alrededor, la más densa oscuridad y un silencio profundo interrumpido por el sonido de una camioneta. De ella bajó Mohamed, quien sería mi guía en el desierto. En un inglés medio tosco me invitó a subir y me llevó a su hogar para descansar antes de emprender el tour.

Después de unas horas de descanso amanecí transpirando por el calor que desprendían las paredes. Ya no quedaban rastros de la fría madrugada que traspasaba el acolchado que me cubría y salí de la habitación a conocer a la familia de Moha. Enseguida unas tímidas nenas me sonrieron y salieron corriendo entre carcajadas, mientras la mayor de ellas intentó mostrarse madura y cálidamente me enseñó el camino hacia el comedor donde tendría el desayuno con los adultos. Caminando entre paredes de barro y pasillos de tierra llegué a una sala de estar colosal, con mesas bajas de madera y colchonetas repartidas por el piso. Una señora regordeta me sirvió té con una hojita de menta y en menos de un minuto ya éramos alrededor de doce personas tomando el desayuno entre locales y turistas. Los marroquíes eran en su mayoría hombres morenos con pelo grueso; las tres mujeres que había pasaban los cuarenta y todas llevaban un pañuelo en la cabeza pero diferente del que había visto hasta ahora. Eran coloridos, tenían mostacillas y les colgaban algo así como monedas doradas y plateadas. Todos estaban descalzos. Los visitantes eran dos coreanos con

cámaras inmensas que colgaban del cuello, una francesa *lookeada* para la ocasión que se lavaba las manos cada dos minutos y yo. Ellos estaban recién llegados de pasar la noche en el desierto y un taxi los recogería en menos de una hora. Mi aventura recién estaba comenzando.

A los cinco minutos de ubicarme en un rincón de la sala apareció Abdul, el hermano mayor de Moha, y comenzó a oficiar como interlocutor entre su familia y los extranjeros presentes. Llevaba su tradicional túnica marroquí, holgada a rayas con diferentes tonos marrones, y una capucha puntiaguda que me recordaba a un duende. Una vez que indagó si había dormido bien y si estaba cómoda, empezó a relatar-nos cuentos de su etnia, los bereberes, que significa “hombres libres”. Todos escuchamos atentos sobre sus días como nómades entre el desierto y las montañas. Poníamos cara de sufrimiento y compasión cuando nos contaban la cantidad de kilómetros caminados entrada la noche para no sufrir las altas temperaturas bajo el sol en busca de agua. Era una tarea ardua pero los camellos se transformaron en su principal herramienta: ellos sabían encontrarla, solo bastaba con seguirlos. Como lo hacían con las estrellas, que fueron sus guías hacia caminos nuevos, y las constelaciones, que se transformaron en personajes de cuentos y leyendas que se contaban antes de ir a dormir. Pero ser nómade no era fácil y sus padres decidieron asentarse y adaptarse a nuevas costumbres. Moha y sus cuatro hermanos varones nunca fueron a la escuela, sin embargo hablan por lo menos cuatro idiomas que aprendieron por necesidad, a través de los turistas. Con los años algunos se convirtieron en guías expertos en un negocio redondo que no requiere grandes inversiones y otros, además, se dedicaron a estudiar en la universidad. Junto con sus esposas, hijos e hijas, viven todos en la misma casa, colchones sobran.

Rodeada por decenas de cáscaras de maní escuchaba hipnotizada, tratando de memorizar anécdotas e historias y cuando podía

sacaba mi cuaderno y escribía. Me observaban indiscretos pero no se animaban a preguntar, así que les resolví el misterio: “Amo escribir sobre todos mis viajes y no me quiero olvidar ningún detalle”, les dije mostrándoles las hojas repletas de letras, tickets y recortes de folletos. Todos demostraron gratitud y exaltados continuaron recordando más relatos para que tomara nota.

Después de aquel desayuno, y con mucho más conocimiento acerca de los bereberes, intenté pasar de la teoría a la práctica y adentrarme un poco más en su mundo. A través de señas le pedí a una sobrina de Moha que me atara un pañuelo anaranjado en la cabeza como tenía ella. Quería jugar a ser una más. Se me acercó sigilosa y comenzó a cruzarme un pedazo de tela de un lado hacia otro. Cuando vio el resultado final, me hizo el gesto de que esperara; me trajo un espejo y me sonrió. Enseguida aparecieron dos nenas más con montones de collares y pulseras que me iban probando hasta hacerme saber cuál me quedaba mejor. Me tomaron de la mano y me llevaron a caminar con ellas por la vereda. Otras vecinitas miraban intrigadas y yo me sentía una turista en exhibición pero no me importaba. Me había ganado su confianza.

Para la hora del almuerzo me invitaron a comer con ellos. Me llamó la atención que los nenes no tenían permitido comer hasta que los adultos no terminaran y miré con pena a mis amigas menores de edad, pero ellas ni se percataron. En la mesa había carne de diferentes animales, panes de formas diversas y algunos vegetales. Enseguida noté que todos agarraban unas patas de pollo con sus manos y empezaban a masticar. Me ofrecieron, rechacé con mucha vergüenza explicando que soy vegetariana y, lejos de ofenderse, pusieron toda la fuente con verduras delante de mí. La más anciana de las mujeres me miró seria y me señaló a mí y a la comida reiteradas veces para que entendiera la orden de que debía comer. Me lavé las manos en una palangana con agua que habían dejado al costado, me sequé con

mi pantalón, agarré unas zanahorias asadas y unos zucchinis y nunca me importó menos tener las manos encastradas pero repletas de sabor. Mientras masticaba, miraba a todos y me preguntaba si aquella postal la repetirían con diferentes turistas durante todo el año. Si lo estaban actuando, lo hacían muy bien. Ahí recordé a un canadiense que me había cruzado unos días antes en Fez. Él creía que uno se había metido realmente en una nueva cultura cuando ya dejabas de ser novedad, cuando dejaban de darte ciertos privilegios por venir de otro lado y comenzaban a tratarte como un par. Creo que tenía razón, por eso cuando comencé a pasar inadvertida y vi al abuelo arrancarse un pedacito de carne de la muela sin escrúpulos delante de mí, se me escapó una mueca de alegría.

Para el tercer día y después de tantas horas de convivencia ya había recolectado en mi cuaderno varias palabras y frases. En cualquier lado del mundo en el que uno es visitante los locales aprecian que te hayas tomado el tiempo de aprender un poco de su lengua, y los bereberes no serían la excepción. Los saludaba diciendo “Azul”, agradecía con “Shukran” y espiando mi machete me despedía hasta el día siguiente con un “Timnsiwin”. Ellos siempre me devolvían una sonrisa enorme y una reverencia tocándose el corazón. Pero hubo una expresión en particular que oía constantemente y quedó grabada en mi cabeza: Insha’Allah. La traducción es “ojalá” pero en criollo y de la manera en que la usan me recordó a mi abuela diciendo el —insoportable para mí— “Si Dios quiere”.

—Abu, ¡el mes que viene me voy de vacaciones con las chicas!

—Si Dios quiere.

—Abu, cuando sea grande voy a ser paleontóloga.

—Está bien, Carito. Si Dios quiere...

Con los años el “Si Dios quiere” se convirtió en la frase más cortamambo del universo. Mis planes y sueños al parecer dependían de un Dios sobre el que yo ni siquiera confirmaba existencia, así que se me

hizo inevitable darle una connotación negativa. Pero de golpe aquellos días en Merzouga me presentaron el “Insha’Allah” de los bereberes y no sé si habrá sido aquel contexto de hospitalidad con el que me encontré en el desierto de Marruecos pero después de tanto escucharla sentí haber encontrado la palabra indicada, positiva y esperanzadora a eso que realmente esperas que suceda.

—Moha, seguí estudiando economía que vas a llegar muy lejos. Ya te veo ministro de Economía en Marruecos.

—Insha’Allah.

—Cuando te cases voy a venir a tu boda, si estás de acuerdo, claro.

—Insha’Allah! Te estaremos esperando.

Y la frase me pareció linda, y la empecé a usar y resignifiqué lo que me decía mi abuela. Entendí que no importa el dios mediante, la expresión trasciende religiones y complementa nuestros deseos.

Finalmente, había llegado la hora de irme de excursión al desierto del Sahara. Moha me esperaba con un dromedario que cargaba mantas y otras provisiones para pasar la noche allí, y pese a que el sol rajaba la tierra toda la familia salió a despedirme, incluso algunas personas que juraría no haber visto antes. Después de haber memorizado durante horas algunas palabras en bereber, les dije con una tonada espantosa:

—Si mis notas de viaje algún día se convierten en libro, prometo que su historia de hombres libres estará allí.

Todos se tocaron el corazón y al unísono me bendijeron:

—Insha’Allah.





Subsuelo

Kanchanaburi, Tailandia. Buenos Aires. El último lugar en el que habría imaginado querer estar hace tres meses atrás y el que más extrañé esta última semana. Cuando estamos frágiles, lo conocido es sanador.

Te escribo para drenar tristeza, para que sepas que si hubiese podido detener el tiempo mientras me abrazabas en la cima de esa colina en La Toscana, lo habría hecho. El mate, el termo y el sol bajando como únicos testigos de nuestro momento. No hacían falta palabras, porque al mirarnos solo nos irradiábamos amor. ¿En qué bolsillo me guardo los planes imprudentes, los proyectos mágicos y los viajes a la Luna? ¿Cómo ordeno mi cabeza repleta de paisajes que siempre fueron más lindos porque estabas vos? ¿Dónde está el botón que nos regresa al ayer para volver a estar tirados en la cama planeando futuras visas de trabajo o la visita a alguna playa del Pacífico? Si tal botón existe avisame, así tampoco abrazo a la intuición y me quedo sumergida en la mentira piadosa, en la confianza ciega, en nosotros.

En este momento el caos de una calurosa Buenos Aires me resulta estupendo para tener algo más por lo cual enojarme. El ver a mi abuela reprocharme las andanzas probablemente me conceda permiso para dejar correr estas lágrimas asfixiadas y camuflarlas con otras excusas. Pero al despertar cada día al menos tendré a las pibas listas para el rescate, con un abrazo salvavidas y haciéndome saber que ya sufrí cosas mejores que esta.

Necesito pensar. Necesito resolver y despegar. Si tantas veces lo hice, ¿por qué ahora me cuesta tanto? Necesito sentir amor y me parece de cartón.

¿Por qué cuesta tanto admitir un sentimiento? Por miedo a perderlo todo. Pero el miedo puede actuar para sacudir y empezar de nuevo, o puede seguir motivando al engaño. ¿Qué camino elegís? Somos esclavos de nuestras acciones, seremos consecuencia muy pronto de hechos irreversibles.

Hay que arriesgar, y en el mismo riesgo arriesgamos todo.

No fuerces nada.

Déjà vu.

Esto ya lo viví.

El futuro

Los rascacielos invadían la noche con sus luces resplandecientes en una ciudad-Estado que deslumbra por donde uno la mire. Durante el día, el verde de los jardines verticales prendidos a las estructuras de los edificios daba respiro a las calles concurridas por modernos autos que iban y venían. En las veredas, la muchedumbre de múltiples orígenes caminaba en líneas rectas como si se tratase de un juego del Family Game pero en alta definición. Todos esperaban para cruzar la senda peatonal arriba del cordón, vigilando la luz del semáforo. Al ponerse en verde, continuaban con su ritmo muy ordenado y sistemático. No había visto semejante prolijidad en ningún lugar del mundo. Tampoco tanta limpieza. No sabía si era resultado de una magnífica educación o el efecto del peso de la ley que dictamina una multa arriba de los diez mil dólares para quien tire basura en la vía pública.

—Este es el futuro —sentenció mi amiga malaya Beryn, que llevaba viviendo en Singapur más de un año, mientras esperábamos un show de luces láser y aguas danzantes en la bahía.

A nuestros pies la ciudad futurista alojaba miles de turistas con celulares y estrafalarias cámaras expectantes. Quince minutos después de un espectáculo más pintoresco que deslumbrante musicalizado por el clásico de Louis Armstrong “What a Wonderful World”, todos se dispersaron rápidamente y los taxis se hicieron dueños de la noche. Nosotras aprovechamos para ir por una cerveza y ponernos al día después de un largo tiempo sin vernos. A Beryn la había conocido trabajando en Nueva Zelanda y nos habíamos hecho muy amigas ya

desde el primer día. Ella estaba fascinada con el mundo occidental, principalmente lo latino, y tenía una capacidad admirable para recordar palabras y frases de canciones en español. Yo con suerte había aprendido a contar hasta siete en malayo. Cuando me había contado que se iba a vivir a Singapur me sorprendió un poco; recordaba lo feliz que había sido viajando y las ganas que tenía de seguir un tiempo más haciéndolo, así que aproveché la intimidad del bar para indagar, aunque no tuve que esforzarme mucho. Básicamente la cultura oriental y la exigencia de su familia la habían empujado un poco a buscar un trabajo de oficina que le diera estabilidad en un país que ofrecía más oportunidades que el suyo. Intentó convencerme de que estaba “ok” sin mencionar jamás la palabra “feliz”, ni siquiera un “bien”, y solo atiné a abrazarla.

Al día siguiente, Beryn nos acompañó al aeropuerto para despedirnos de nuestro paso breve por Singapur. Habíamos decidido tomar el subte porque tenía conexión directa entre nuestro hostel y la terminal, y además habíamos comprobado que era el transporte más eficiente. Nunca un minuto tarde, cronometrado, una pinturita. En cada estación habían dibujado en el piso unas líneas oblicuas para hacer la fila y dejar pasar por la izquierda a la gente que bajaba del vagón. “No deberíamos ni necesitar líneas con algo tan lógico”, pensé para mí recordando los cruces de palabras con otros pasajeros al intentar salir del subte en Buenos Aires. Varias estaciones antes ya necesitaba planear estrategias para no quedar atrapada en el infierno del sótano porteño. Así que en el orden exagerado de la ciudad que estábamos dejando realmente me sentía complacida.

El subte singapurense era una película muda. Todos, absolutamente todos estaban con la cabeza gacha y un celular en la mano. El silencio era realmente atosigante, sentías que necesitabas susurrar para no quebrar el ambiente, y así y todo, cuando murmurabas, alguno te miraba de reojo. El único sonido sutil que identifiqué en el ambiente

era el del tecleo constante y Agus me confirmó que era un sonido que yo me estaba imaginando porque con los teléfonos táctiles era imposible de percibir. Empecé a reírme y vi que un par giraron la cabeza y me aniquilaron con la mirada. Más risa me dio y me apoyé sobre el hombro de Agus para disimular la tentación; este había sido el gesto más genuino después de semanas de almas con cables de distinta polaridad en cortocircuito. En un roce de manos firmamos un acuerdo y él selló la paz apretándome contra su cintura y estampándome un ruidoso beso en el cuello. Ahora no eran solo un par los que nos miraban, habíamos logrado que muchos más despegasen la cara de sus smartphones para observarnos. Beryn rio nerviosa. Siempre tenía esas dicotomías entre lo que le parecía divertido y atrevido de los latinos y lo que le imponía su cultura desde siempre. Así que revoleó los ojos y por lo bajo me dijo que no, que no nos diéramos besos, que nos podían multar. Me quedé atónita y empecé a preguntarle: “¿Quién? ¿Quién te multa por una muestra de amor? ¿El gobierno? ¿Qué es esa ridiculez?”. Beryn miró para sus costados —todavía un par de indios y asiáticos trajeados advertían cierta incomodidad—, movió su dedo índice de un lado a otro y me dijo “No, eso tampoco”. Que si hablaba mal del gobierno también podían multarme y hasta llevarme presa. El encanto del subte cronometrado se había esfumado. La película muda ahora había cambiado la trama y me sentía un poco paranoica. Por las dudas cerré mi boca y tomé un poco de distancia de Agus. Sin salir de mi capacidad de asombro llegamos al aeropuerto, donde decenas de paramilitares caminaban entre valijas con sus ametralladoras desafiantes. Se decía que Singapur, por sus relaciones internacionales, podría ser víctima de un atentado en cualquier momento y al parecer era mejor andar prevenidos.

Cuando llegamos al mostrador para hacer el check in aún un poco conmocionados despedimos a nuestra amiga Beryn, no sin antes preguntarle bajito y cautelosos qué más estaba prohibido en Singapur.

—Los chicles, la homosexualidad, la pornografía, la droga, si te agarran... ¡Pum!, pena de muerte. También, como habrán visto en los carteles, no se puede comer o beber en el metro, arrancar flores, ser visto desnudo... incluso dentro de tu casa, ¡por eso hay que cerrar bien las ventanas! —enumeraba con los dedos en voz baja.

—Suficiente. Amiga, si este es el futuro del que me hablabas... yo no lo quiero.

Observación

Hace días que estoy vegetando en una playa paradisíaca camboyana y eso me pone más observadora que lo común. Durante estos días noté algunas secuencias que se repitieron incluso entre personas que no se conocían entre sí, diferentes nacionalidades, diferentes idiomas.

Vi alrededor de veinte mujeres sacarse *selfies* con sus teléfonos celulares en bikini y acto seguido había dos opciones: o se sacaban una nueva foto cambiando el ángulo o se tocaban la panza/los brazos/la cola con un gesto de frustración inmenso. También vi en un restaurante a una madre que veía en su celular con pantalla gigante las fotos de sus vacaciones familiares y en cada una de ellas aumentaba el zoom hasta poner en primer plano las caderas y las piernas. Desde la mesa de al lado noté cómo eliminaba o recortaba fotos hermosas mientras resoplaba enojada para sí misma. Me entristecí por ellas, porque todas cuadraban hermosas con ese mar azul clarito de fondo y nunca entendí para quién debían cumplir con el maldito estereotipo de la revista *Caras*.

Hoy a la tarde descubrimos una hamaca sobre el mar. Si hamacarse es lindo, hacerlo sobre agua transparente y arena blanca ni te digo, así que quise registrar la atmósfera y le pedí a Agus que me sacara fotos. Me paré sobre ella y me moví para un lado y para el otro. Sonreí, me puse seria, me hice la que no me daba cuenta de que me sacaban una foto y finalmente él me dijo resignado: “No te van a gustar”. Automáticamente le pregunté: “¿Por qué? ¿Estoy gorda?”. Resopló, revoleó la mirada y me contestó: “No, porque no lo sos. Y si lo fueras, ¿cuál sería

el problema? No te va a gustar porque sale todo tu cuerpo y vos odiás tu cuerpo”. Hubo un silencio corrompido únicamente por el motor de una lancha que salía a pescar. Y en aquel momento me entristecí por mí. Mientras apretaba el botón de “eliminar” me preguntaba quién estaba detrás de la imposición de la imagen aceptada por la mayoría, detrás de ese patrón de cualidades tan lejanas.

El aceptarnos y amigarnos con nosotras es parte de una lucha por la que vengo levantando bandera, y patear todo aquello que nos impusieron durante años es más difícil de lo que suponía. Pero el proceso tiene etapas y yo a partir de este momento me declaro estar “en eso”. Aceptando que tengo rollitos, que mi panza se parte en dos desde siempre, que tengo una cola grande heredada de mi madre, que tengo celulitis, que mis piernas son vistosas y mis gemelos a veces no pueden convivir con los chupines de moda porque no me resulta ni cerca de cómodo. Pero a partir de ahora, en vez de invertir en queja, elijo amigarme con esto como lo hice con mis tetas cuando se me fue la obsesión de agrandarlas con veneno para sentirme más cómoda con el decorado social. Voy por eso, firmo acá.

Inmarcesibles

Hace poco alguien me dijo que por el hecho de vivir en constante movimiento no me terminaba de arraigar en ningún lado, y eso mismo se trasladaba a las relaciones. Que los vínculos que nacían en el camino parecían desintegrarse inevitablemente ante una nueva partida en el vertiginoso mundo viajero. El comentario me incomodó y estuve a punto de tildarlo de mala leche cuando un destello zen me sacudió, y mientras surgían otras charlas yo me quedé dándole vueltas a aquello. Me sobran fundamentos para refutar la habladería y los fui recolectando en formas de recuerdos y según cosquilleos.

¿Cómo explico la profunda conexión que surge con otros en un escueto lapso de tiempo? Pueden ser un par de días, unos meses o incluso un solo encuentro suficientes para desencadenar un “hasta la próxima”. Porque es mutuo y lo sabemos; nos vamos a volver a ver porque queremos y no nos importa cuándo. Porque nos regimos por la intensidad y nos une el vibrar juntos en la misma frecuencia. Porque algunos compartimos la pregunta inevitable: si la vida es esto o aquello, o las dos cosas fusionadas; porque nuestra complicidad nos despierta adrenalina y profunda admiración. Además, sostener estos lazos no incluye exigencia, porque fluyen en su curso natural. Olvidarse de un cumpleaños no se relaciona con la falta de interés y un mensaje tarde o un doble tic en azul no arrastra drama. Llevamos otro registro del tiempo y tan flexibles como valiosos contratos de amistad.

Atesoramos recuerdos contundentes de charlas acompañadas con mates y cervezas, que latén en la memoria y se reviven en los

reencuentros. Esos que después de abrazos apretados brotan en conversaciones espontáneas y auténticas que diluyen la línea del tiempo.

Somos inmarchitables, nos regamos en memorias imperecederas.

Balance

Broome, Western Australia. Los pájaros de colores se sientan en hojas movedizas de una palmera que baila al son del verano. Tamba-lean mientras miran al norte y discuten el rumbo. Como una acuarela, a unos kilómetros el mar se confunde con el cielo. La sensación de libertad infinita los deja hipnotizados. Ahora las hojas que se mueven no son molestia, son hamacas que les balancean el cuerpo y el alma.

La Australia silenciada

Dos nenes aborígenes fueron en bicicleta al hotel de cuatro estrellas donde yo trabajaba y desde la ventana, mientras doblaba sábanas, los observé meterse en la pileta cristalina y chapotear un buen rato. Un par de horas más tarde me los crucé en la salida. No tenían más de diez años, andaban descalzos y ahora, empapados. Uno de ellos, sosteniéndome la mirada fijamente escupió el piso. No lo culpo. Ni por el escupitazo ni por venir a usar la pileta gratis. Yo también lo he hecho en hoteles donde no me daba el presupuesto para pagar una habitación pero sabía que tenían una pileta linda que nadie controlaba. Le importo tres carajos, yo, y todos los que andamos por acá. Somos extraños invadiendo su país, su país que no es Australia, sino estas tierras rojas que habitan hace más de 65 mil años. Aprendieron a odiarnos de la misma manera que los blanquitos los odian a ellos.

Antes de venir a Broome el concepto que tenía de este pueblo se basaba en comentarios de latinos y europeos que venían en manada durante la temporada alta a trabajar. Fiestas, días de playa, trabajo con resaca, amoríos. Una versión modificada de *Verano del 98* que dista completamente de la realidad. A veces creo que la gente crea sus propias burbujas para perder cierto contacto con lo que no quiere convivir, lo que afecta estéticamente a su visual, a su foto para Instagram, de lo contrario, no entiendo cómo nadie nombró ni una sola vez a los aborígenes y su problemática. Me bastaron diez cuadras al supermercado para tener un paseo general de la cotidianidad de sus días. Familias enteras tiradas en el pasto con decenas de botellas de

vino, tipos arrastrándose en la calle lastimados porque deciden no ir al hospital y curarse por sí mismos, unos viejos que apenas podían mantenerse en pie, pidiendo que les compráramos alcohol porque a ellos ya no les querían vender, vandalismo, violencia de género. Esto es lo que indigna, lo repudiable. Son pocos los que eligen preguntarse por qué y ahondar en las raíces. Creo que el primer mundo también sabe de miserias, solamente las esconde mejor.

Hogar

Hay un texto de Alejandra Pizarnik que dice: “Es necesario tener un hogar, aunque sea silencioso y trivial. Un hogar, una guarida, algo que ampare de la soledad y de la aglomeración”. Después de haber leído aquel fragmento, admito haber buscado ese lugar desesperadamente. En cada destino puse mi mayor empeño para descifrar si estaba pisando “mi lugar en el mundo”. Sin obtener resultados y un tanto decepcionada me fui resignando a no encontrarlo jamás. Un día agarré mi cuaderno y me puse a leer algunos desahogos plasmados en papel dentro de mi última travesía por el sudeste asiático. Las hojas son fáciles de identificar porque suelen estar un poquito arrugadas y la letra se ve claramente inclinada hacia el lado izquierdo. Leí mis palabras de angustia y enojo y recordé el contexto. Me trasladé a aquel momento para entender qué me había dictado mi instinto de supervivencia. ¿Adónde había intentado refugiarme en esos instantes en los que sentía que mi mundo se desvanecía? Finalmente lo comprendí. El hogar para mí nunca tuvo una estructura fija, no es estático y ni siquiera tiene coordenadas precisas en un mapa. Algunas veces fueron los brazos de mi compañero, otra vez fue el flan casero de una amiga, los pies en la arena blanquita, el pasto recién cortado con una vaca acostada al lado o mi bolsa de dormir donde supe hacerme bollito. Me las arreglé para crear refugios seguros según la ocasión sin darme cuenta y lo agradezco. Sin embargo me permito dudar de si esta habilidad estará presente en un futuro, de la misma manera que me cuestiono si mis exigencias en torno a la palabra *hogar* pueden

variar. En ese caso, si mis guaridas ya no me resultan lo suficientemente sólidas, o si el paso del tiempo las llega a derrumbar hasta convertirlas en escombros de inquietudes, ojalá todavía la tenga a mi amiga arquitecta dispuesta a diseñarme un hogar con forma de casa.

Bienvenida a India (parte I)

Desperté entre fragancias de desconocidas especias y ruidos de un caos que entraba por la ventana. La anfitriona del Airbnb, Pooja, me tocó la puerta y me invitó a degustar su desayuno tan bien evaluado en su perfil. Ya la noche anterior me había recibido amorosamente cuando llegué a su casa después de trece horas de avión con dolor de cabeza, el olor a pata más nauseabundo de la historia que me regalaba la pasajera de al lado y un timo en el que pequé de inocente en el aeropuerto al pedir el taxi. Cuando me abrió la puerta y vio mi cara de destrucción, corrió hacia la cocina y me preparó un jugo de limón con jengibre y menta. No quise ser desconsiderada, así que intenté entablar conversación mientras observaba un decorado hindú muy sobrio. Había algunos almohadones bordados con mandalas de colores y algún que otro cuadro con palabras en sánscrito; detrás de mí una pared exhibía decenas de fotos familiares, en su mayoría fotos de su hija mayor con típicas poses de fiesta de quince. Me preguntaba si ella, tantos años después, también le ruega a su madre que saque eso de la pared como hacía yo con mi familia, en vano. Pooja me explicaba orgullosa cada portarretratos, y cada dos segundos me pedía perdón por sus limitaciones con el idioma. Ante mi ineludible bostezo me dio un abrazo y las buenas noches. En menos de diez minutos ya estaba desplomada sobre el acolchado de mi cama de dos plazas con el ventilador andando a tope.

La mañana siguiente los dientes blanquísimos de Pooja sonriendo me invitaron a la mesa. Mi primer encuentro con la cocina india fue

aquel desayuno donde me desparramó en la mesa parathas (unas tortitas de trigo fritas), kulcha (un típico pan con un fuerte gusto a mi enemigo personal: cilantro), lassi de frutas (batido de leche con cardamomo y pistachos) y un té chai (amor a primera vista). Mientras teníamos conversaciones banales me repetía “ai laik iorrr jerr sou mach” y yo le decía que a mí me gustaba su tercer ojo y sus manos tatuadas con henna. No era amabilidad, realmente toda mi vida me había parecido extravagantemente hermoso el estilo de las mujeres indias, y ahora que estaba allí viéndolo en primera persona me deleitaba más. Así que enseguida abrió un cajón, despegó de una plancha de stickers un brillito que me pegó un poco más arriba del entrecejo y me pidió mis manos para dibujarme líneas con espirales y flores. Entregada, mientras esperaba que se me secara semejante mejunje sonó el timbre; un taxi me esperaba en la calle. Pooja me pidió que aguardara y con mucho cuidado me pasó una pulsera dorada con piedras de colores por la muñeca y con las manos frente al corazón me dio el ok para salir. Nos abrazamos prometiendo volver a vernos alguna vez y me subí al auto aún con la henna fresca y mi mezcla de ropa australiana y accesorios hindúes.

El camino era de Delhi a Rishikesh, 242 kilómetros; en India: siete horas. “Andá en taxi, vas a mirar todo por la ventana y te vas a ir metiendo en la cultura, no te vas a arrepentir”, me aseguró una amiga que ya había visitado India el verano anterior, y le hice caso. Me subí al auto, busqué el cinturón de seguridad y desde adelante el chofer me dijo que no, que no hacía falta. Sonreí y decidí relajarme. Llegamos a la autopista y por lo menos cinco motos se nos cruzaron sin espejos retrovisores provocando volantazos y exabruptos. Disimuladamente me puse el cinturón como pude y traté de no contracturarme. No llevábamos ni veinte minutos arriba del auto y ya había visto por mi ventana al menos unos “casi” seis choques. Oí aquel día todo tipo de bocinas. Bocinas de aviso, bocinas porque sí, bocinas suplicándoles a

las vacas que tomasen la siesta en otro lado que no fuera el medio de la ruta, bocinas para monos que saltaban al capó como si fuese un trampolín. Le recé a Indra, Agni y a Vishnu para llegar con vida a mi destino mientras pensaba que hubiese estado bien aprenderme algunos dioses hindúes más.

Remar conversaciones para hacer el viaje más llevadero con un chofer algo silencioso fue un desafío. Pero por alguna razón a mitad de camino desató su lengua y me llenó de información. Me contó sobre su familia, y con mucha soltura me comentó que tenía dos hijos varones después de varios intentos. Le pregunté si se refería a intentos porque ya tenía varias hijas mujeres y espantado sacudió su mano diciéndome que no. Que las mujeres eran costosas en India porque hay que mantenerlas hasta que se les consigue un novio de grande, así que su esposa había abortado a dos nenas cuando supo de su sexo. Me quedé muda y agregó: “Si pensás es peor en algunas zonas muy pobres donde se entregan a las hijas al servicio de la diosa Yellamma”. “No entiendo qué significa eso”, le dije. “Las Devadasi de Yellamma son esclavas sexuales del pueblo. Supuestamente está prohibido pero se sigue haciendo”, me dijo con la voz más baja, como si hubiese alguien más presente, cuando de repente sonó el teléfono. Atendió y conversó a los gritos con alguien. Esa sería la primera de muchísimas otras veces en las que habló mientras manejaba, y también sería la introducción al tono de voz indio en el que siempre parece que están peleando aunque no lo hagan.

Después de cuatro horas de viaje le pregunté al chofer si podíamos detenernos en el próximo parador. Movió su cabeza diciendo que no y fue bajando la velocidad diciéndome “yes”. Comprobé que no era mito el movimiento de cabezas con el que hacen chistes sobre indios en programas de televisión y me reí por dentro. Bajé del auto, estiré las piernas y fui en busca de comida. Era la única extranjera del lugar, así que me llevé todas las miradas de los cientos de indios que

iban y venían. Miré a mi alrededor para decidir dónde comer y se me hizo muy fácil. Por primera vez estaba en un lugar donde los carteles en la entrada de los locales aclaraban si vendían carne, y no al revés. Que India sea un país con casi un treinta por ciento de vegetarianos ya lo hacía mucho más amigable que cualquier otro. Me senté en una mesa larga con varias familias que comían con sus manos y conversaban entusiasmadas, me pedí una hamburguesa de lentejas, un agua y almorcé por un módico dólar. Después de una hora de descanso, seguimos viaje con mi amigo chofer al que apodé secretamente Pepe porque nunca pude retener su nombre.

La siguiente conversación siguió con la temática de género. Me dijo que me cuidase de los hombres en India, que no anduviera sola, que era peligroso. Aunque ya había venido con ese chip procuré no hacerlo mantra y decidí andar con más recaudos que miedos. “¿Debería tirarme de este auto? Estoy sola y con un hombre”, le dije para descontracturar, y entre risas e indignación repetía: “Aim not laik dem, aim gudt” (“No soy como ellos, soy bueno”). Y mientras Pepe me relataba historias de mujeres que padecían la violencia de un sistema patriarcal profundamente arraigado, el pecho se me fue cerrando y las palabras se fueron diluyendo. Después de un rato, me quedé dormida.

Abrí los ojos asustada con una frenada brusca que me sacudió en la parte trasera del auto. Escuché un cruce de palabras que no entendí, me asomé por la ventana, vi a un tipo alzando sus manos y señalando a otro auto y luego todo siguió con normalidad. Desde el asiento de adelante Pepe, muy relajado, me ofreció una pastilla refrescante. Le saqué el envoltorio y cuando la puse en mi boca esperando el sabor a menta, solo pude sentir un gusto a curry que me volteó el estómago. Con disimulación la escupí en un pañuelo de papel y empecé a comprender que tendría que lidiar con el choque cultural en muchos más aspectos de los que creía.

Entramos en los últimos kilómetros del recorrido y conversamos sobre mis expectativas del viaje. Por qué había venido a estudiar yoga y ayurveda era una pregunta que hacía muy poquito había hallado respuesta: venía a sanar y a incorporar hábitos sostenibles en el tiempo. Le dije que temía ser un poco estafada con todo este marketing de la espiritualidad y me consoló: “Acá no hay que seguir a nadie, solo a tu corazón. Una vez que sepas cómo, te vas a dar cuenta. Tal vez no viniste a sanar, solo viniste a buscar herramientas”, reflexionó y agregó: “Si no, mira a esa banda que vino acá a Rishikesh hace como cincuenta años siguiendo al Maharishi y después se quiso despegar”. “¿Hablás de Los Beatles?”, interrumpí sabiendo la respuesta. “Sí, esos. Eran unos genios desde antes, no tenían que seguir a nadie, pero bueno, acá al parecer indagaron un poco más en ellos mismos, o los inspiró el lugar, y escribieron no sé cuántas canciones.” “Cuarenta y ocho en siete semanas”, me dije para mí en voz baja y me reí por dentro, sintiéndome identificada con esa búsqueda.

La tarde caía en las afueras de Rishikesh y Pepe me señaló: “Mirá para tu izquierda, ahí está el Ganges”. El río más mítico del país lucía un color azul precioso que cruzaba el caos de la ciudad e interrumpía el verde seco de las montañas de atrás. “¿Me puedo meter?”, indagué sorprendida con la limpieza del agua, algo que no esperaba. “Por supuesto, nace acá nomás, en el Himalaya. Te metés y te purificás. No te puedo prometer lo mismo a lo largo de todo el país”, se sinceró. Y es que más allá del famoso ritual en el que la gente desecha a los muertos en este río, en ciudades como Varanasi, también el agua se va contaminando a través de desechos y ofrendas.

Más de siete horas después llegamos a la escuela donde haría el curso. Pepe aprovechó para bajar, sacó mi valija del baúl y prendió un cigarrillo mientras yo revisaba tener todo en mi mochila. Saqué la billetera, conté los billetes, le pagué y me preparé para una despedida emotiva. Él los contó uno por uno, me agradeció y se subió al auto.

“Jav e gudt nait” (“Que tengas buenas noches”), me dijo, y aceleró para no volver a verme, dejándome con el abrazo a media asta y una auténtica bienvenida a la India.

Bienvenida a India (parte II)

Mi primer viaje sola coincide con un proceso interno que venía dictaminado desde hacía un tiempo atrás. Quería sanar. No tenía bien en claro qué de todo, o si todo, o si había que hacerlo en cuotas o seguir instrucciones. ¿Por qué un país con una cultura tan diferente había sido elegido como escenografía de mi pedido? Juro que no me inspiré en Julia Roberts, de verdad, pero el escenario estaba establecido con tanta convicción que se alinearon los planetas con las personas que me rodearon; la luna con mi cuerpo, el sol encendió mi llamita interior y cuando me quise acordar, me convertí en estrella sin fecha de vencimiento y ahora disfruto titilando.

Sanar

Rishikesh, India. Pedir perdón y perdonar. Pero que nazca de tus entrañas, que no dudes, que sea con una sinceridad inédita que hasta a vos te sorprenda. Tal vez difícil pero no imposible. ¿Sabés cómo darte cuenta de si lograste el objetivo? Dejá que el cuerpo y la mente viajen hacia aquellas situaciones que hoy querés remendar. Cuando ya estés seca de lágrimas, cuando no sientas rabia y el corazón no ponga en quinta sus palpitaciones, cuando sonrías sin razón resignificando un mal trago a una lección, recién ahí habrás sanado.

Semanas después el ejercicio funcionó.

La cubana trotamundos

—Hi, how are you? My name is...

—¿Hablas español? ¿De dónde eres!? —se precipitó.

—¡Sí, de Argentina!

—Adoooooro a ustedes, los argentinos, que andan por todos lados.

Yo soy de Cuba.

Abrí los ojos como platos y quise reconfirmar:

—¿De Cub...

—¡Sí!, pero hace cuatro años me escapé. Una cubana por el mundo, así como lo ves. Me fui para Miami y allí me di cuenta de que no soy amiga de ningún “ismo”. Ni el socialismo, ni el comunismo ni el capitalismo, todos la misma mierda —encendió el casete y casi no respiraba—. ¿Sabes, m’ijita, que cuando estaba en Cuba yo soñaba con viajar el mundo todos los días y mis amigos se reían? Nací en una isla donde, en mis tiempos, no salían del país ni los pájaros, ¿sabe’? Nos acostumbramos de chiquiticos a no aspirar demasiado alto porque no somos libres, ¡a tú sabes, pero igual yo nunca dejé de soñar y cuando la gente a mi alrededor empezó a morir... mi marido, mi madre, mi amiga, ahí dije: Bueno, señores, ustedes serán mi tropa protectora pero yo de acá me voy. Y crucé por mar para Miami, allí estuve un tiempo pero, como te dije, tampoco me gustaba. La gente atada a las cosas materiales y compra y consume y aaaahhh, todos esclavos del sistema. Yo tampoco me sentía libre allí. Así que al final agarré una mochila chiquita, más o menos como esa que ves ahí. Llevaba solo lo que traía puesto, shorts, chancletas y T-shirts, y me fui de viaje

en cuanto tuve la ciudadanía yanqui. Viví mucho más de lo que me hubiese imaginado. Paré en casa de más de ciento cincuenta personas, gente que recién me conocía me invitaba a dormir en su hogar, así que imagínate, niña, que he estado desde mansiones y casas de millonarios hasta en medio de tribus africanas. Esa historia es buenísima, yo estaba tomando un café y se me acercó una señora que se sentó en mi mesa. La tipa tenía un proyecto para ayudar a la tribu esta que no me sale el nombre... la que de los que cortan cabezas... ¿cómo es? Bueno, ya me va a salir. Cuestión que después de hablar un rato me terminó invitando con ella, así que dormí ahí. Nunca me sentí tan segura. Les hacía chistes a los de la tribu y con gestos les decía que por favor a la noche no me fueran a cortar la cabeza, y ellos se mataban de risa. En ese viaje también conocí a un tipo que...

—¿Chai masala? —irrumpió el chico que trabajaba limpiando la casa.

—Yes, please, thanks! —contestamos al unísono y el chico volvió a cerrar la puerta silenciosamente.

—Por cierto, me llamo Carolina, ¿vos sos...? —aproveché el instante de silencio.

—Verónica —y nos dimos un abrazo interrumpido por su propia emoción—. ¿Sabes que me recuerdas a una chica que conocí en Suiza? Esa historia también es muy linda. Resulta que...

Y aquel día no salí del departamento, ni los cuarenta y cinco grados de térmica de Delhi ni Vero en formato libro lo permitieron.

Desde las nubes pienso

Sobrevuelo África y entre nubes dispersas distingo montañas muy verdes y ríos con formas de serpientes. Me pregunto cuántos animales habrá allí abajo viviendo su rutina del ciclo animal mientras yo acá arriba vivo la incertidumbre de mi desprolija inercia humana.

Mi mejor versión

La mejor versión de mí
asomó sin querer
una noche de abril.
No hubo señales ni avisos previos
pero aquel instante me vi
camaleónica, versátil, intrépida.
Mi alma dormida se despabiló
y me escribí en renglones desobedientes.
Entendí que la tierra ofrecía música
para aquellos que querían oírla,
me hice luna con sus fases,
y mi lapicero se llenó de colores.
Abundante, dispuesta,
experimenté la fotosíntesis
sin siquiera ver el sol
porque él ya estaba en mí.







Agradecimientos

Este libro es posible gracias a:

- Los talleres de escritura por Skype de Juli Lande.
- El mensaje de la amiga de una amiga un noviembre en Noruega, cuando me dijo a través de Twitter que sí, que hacer un libro era factible.
- Nenechu y su predisposición amorosa y literaria.
- Krito y su arte innato.
- Joha desde México por regalarme su tiempo y traducir el libro en el diseño de tapa.
- El empuje de mis amigos, mi motor desde siempre.
- Mis papás, donde sea que estén, por haberme acercado la pasión por la escritura y los libros desde muy chiquita.
- La incondicionalidad, la paciencia y los abrazos infinitos de Agus, con quien reinventamos el amor todos los días.



Índice

Prólogo	9
Renuncio y me voy	11
Del verbo haber	15
A todos los santos	16
Un chamaco curioso	17
Primer baile	20
Picadito	22
Volver al primer amor	23
De la tierra crece hierba buena	25
Solo eso	30
Chocolate	31
Sudaca	33
Puerto seguro	37
Somos consecuencias	38
Es más fácil dar consejos	40
Callar	42
Entre cuatro estaciones	46
Viva	47
Clic	49
Aviones	53
Lluvia de estrellas	54
Johnny B. Good	55
Pude elegir	60

El niño monje	63
Para volver	66
El relato que te parió	67
La stalker	73
Bailar para vivir	76
Douleur	80
¿Te puedo acompañar?	82
Oda a la tortilla	85
El cielo es un barrio	87
Ole	89
Nápoles, Maradona y mi viejo	95
(DES) conexión	97
Mal viaje	98
Joder, que te extraño, tía	99
Insha'Allah	102
Subsuelo	109
El futuro	111
Observación	115
Inmarcesibles	117
Balance	119
La Australia silenciada	120
Hogar	122
Bienvenida a India (parte I)	124
Bienvenida a India (parte II)	130
Sanar	131
La cubana trotamundos	132
Desde las nubes pienso	134
Mi mejor versión	135
Agradecimientos	139



Los 200 ejemplares de *Serendipia* se terminaron de imprimir en octubre de 2019 en Imprenta Dorrego (Av. Dorrego 1102), Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.



